La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 7 de septiembre de 1891 — Núm. 506

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL MONUMENTO DE LA FONTAINE

Inaugurado en Auteuil el día 26 de julio de 1891: obra de Dumilatre, estatuario; Ducrost, escultor decorador, y Frantz Jourdain, arquitecto.

SUMARIO

Texto. – *Pensiones y bolsas de viaje (Capítulo de un libro)*, por Juan O. Neille. – *Neurosia*, por F. Martínez Pedrosa. – *El abanico. Artículo de verano*, por A. García Llansó. – *Bien vengas mal*, por Alejandro Barba. – *Nuestros grabados.* – *Vizcondesa* (continuación), por León Barracand, con ilustraciones de Emilio Bayard. – Sección científica: *El hierro en 1791.* – Libros enviados á esta Redacción.

Grabados. – *El monumento de La Fontaine*, inaugurado en Auteuil el 26 de julio de 1891: obra de Dumilatre, estatuario; Ducrost, escultor decorador, y Frantz Jourdain, arquitecto. – *Recuerdo de Marruecos*, cuadro de D. Gonzalo Bilbao (premiado en la Exposición gral. de B. A. de Barcelona de 1891). Dos grupos escultóricos en el puente de Anichkof, San Petersburgo, obra del barón Klodt. – Monumento de Nicolás I en la plaza de Isaac, San Petersburgo. – Monumento de Catalina II que se alza enfrente del teatro Alejandra, San Petersburgo. – *¡Ultima hora!*, estatua en bronce de D. José Campeny (Exposición gral. de B. A. de Barcelona, 1891). – *Prácticas de los alumnos de la Academia general militar de Toledo*, dibujos del natural de D. Nemesio Lagarde. – *Vaqueros*, cuadro de D. Baldomero Galofre (premiado en la Exposición gral. de B. A. de Barcelona, 1891). *Recuerdos*, cuadro de D. Dionisio Baixeras (premiado en la Exposición gral. de B. A. de Barcelona, 1891). – *Antes de las regatas*, dibujo de Percy Tarrant. – Fig. 1. Instalación de una fragua catalana. – Fig. 2. Alto horno antiguo para carbón vegetal. – Fig. 3. Instalación antigua de fundición. – Fig. 4. Hogar desmontable de herreros ambulantes. – *Plaza de la Paz, Barcelona*, cuadro de D. Juan Roig y Soler (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).

PENSIONES Y BOLSAS DE VIAJE

(CAPÍTULO DE UN LIBRO)

Reconozco mi equivocación: era yo muy entusiasta á favor de las *Pensiones* y *Bolsas de viaje.* Pero pasando de la teoría á lo práctico, caso de no ser en absoluto dificientes los resultados, ofrecen graves contras. En punto á Bellas Artes el acierto en la legislación es sumamente difícil; y hasta lo mejor preconcebido puede aparecer distinto de lo calculado. Sea por la condición especial del arte, sea por el estado de la sociedad, sea por complejas circunstancias, que en la vida de la inteligencia, del sentimiento y de las necesidades se agitan, impulsan y promueven los esfuerzos de la actividad, la cosa puede tomar el sesgo que menos se esperase, acabando en mal lo que se presumió en bien, ó acabar en bien lo que se suponía que acabase en mal.

Me decía un amigo desde el elevado puesto que ocupaba en un cuerpo artístico: «Puede no ser conveniente ese sistema, ese inmoderado abuso facilitando el camino de las Bellas Artes. Demasiadas pensiones; no tanta creación de artistas... (permítase la frase). Se debe empezar por crear atmósfera: mucha escuela y enseñanza de dibujo de aplicación á la industria, más artífices y menos artistas (aunque sin abandonar ni descuidar lo bello y propio de los artistas); los que tales sean brotarán casi por sí solos, y á esos, después de conocido su valer, es á quienes debe tenderse la mano... Vale más menos y mejores, pocos y buenos: más acertado sería recompensar y remunerar á los que lo merezcan que perder tiempo y dinero en tentativas que pueden resultar inútiles, ó en un aumento de productores de obras de arte, para los cuales pudiera no haber medios ni arbitrios suficientes para remunerarlos.»

Yo tenía por exagerada esa idea; y hasta me atrevía á combatirla, porque entonces me encontraba con la imaginación repleta de ilusiones y totalmente vacío el almacén de los desencantos y desengaños.

. . . .

Creo que efectivamente andamos en este punto muy equivocados, persiguiendo ese ideal de una manera rutinaria, con vicios inveterados y sin fijar detenidamente la atención en un asunto tan importante. Y así, de vicio en vicio y de error en error, siempre sin escarmiento, procedemos del mismo modo, sin ocuparnos en parangonar el pro y el contra, ni siquiera en pensar que otro medio, que otro sistema pudiera ser más favorable al pensamiento, y cuyos beneficios pudieran ser á todas luces más tangibles, más seguros y quizá más económicos... aunque esto último no liga bien con el valor y precio del verdadero arte.

Plantéese la cuestión en esta forma:

¿Qué conviene más, gastar en pruebas y esfuerzos á lo que salga... ó gastar en recompensas y remuneraciones en lo que se conoce?

¿Qué es más racional, premiar una aplicación constante, un trabajo ó una obra de mérito, un éxito debido al estudio y al genio... ó derrochar dinero para una aplicación intermitente, un talento de llamarada, un estudio de plazo y compromiso, una obra de condición contradictoria y un éxito de relumbrón preparado con bombo y platillos? La respuesta no podrá ser embarazosa.

Sin embargo, toda regla general tiene sus excepciones: el *quid* está en saber distinguir bien los casos y circunstancias en que pueda y deba seguirse una cosa ó adoptarse otra; porque según sean pueden aconsejar prudente, convenientísima y necesaria la excepción, no por favor, sino en debida justicia, *pensionando* ó entregando una *bolsa de viaje*, tendiendo protectora mano al individuo necesitado de aquel auxilio, en orden del arte, de la ciencia, de la industria, de la agricultura y demás útiles á la localidad, á la región ó al Estado. Eso sería el principio preparatorio á la recompensa y remuneración.

Pueden los grandes centros, cabeza ó corazón de las naciones, continuar con el sistema adoptado, sosteniendo sus pensionados y concediendo de continuo las bolsas de viaje á fin de atraer á ellos cuanto en todo orden y ramos del saber y en crecido número pueda sostenerse allí y desarrollarse, procurándose así lo mejor, aun á riesgo de las mermas que resulten por lo poco culminante que pueda obtenerse.

Pero en las provincias y poblaciones de segunda, tercera y menor importancia, el resultado siempre será negativo, el sacrificio impuesto inútil, el dinero así gastado completamente inútil. Porque desde el momento en que se intente formar ó reunir artistas, sabios, industriales, artífices, agricultores y cuanto más pueda caber en tan laudable anhelo, al mismo tiempo se ha de preparar y formar la atmósfera indispensablemente necesaria para que esos hombres puedan respirar en ella, se les han de proporcionar medios para que ellos puedan vivir: trabajo, sí, pero pago por lo que trabajen. ¿Qué han de hacer esos hombres al volver á su país, qué pueden hacer, si en él no encuentran medios ni recursos para la aplicación y explotación de su saber? ¿Qué podrán hacer asfixiándose en el vacío? Se verán obligados á huir de allí para buscar en otra parte lo que la localidad ni les da ni puede darles. ¿Qué se habrá logrado con eso? Haber creado, ciertamente, si así se quiere, un hombre de mérito, pero cuyo valor y fruto se apreciará y recogerá en otra parte. Beneficio para la localidad que costeó su enseñanza, ninguno.

. . . .

Aquí no se ha de suponer cosa alguna: basta recordar ejemplos.

¿Cuántos artistas de merecidísimo renombre volvieron á la nación, provincia ó localidad que costeó su pensión... cuántos regresaron á ella con fruto del arte, de la ciencia y de su aplicación y aprovechamiento, devolviendo de este modo beneficio por beneficio? ¡A la primera, muy contados; á la segunda, menos; á la tercera, casi ninguno!

Son tan rarísimos los ejemplos en contrario, que sería cosa fácil enumerarlos si permitido fuese nombrarlos ó indicarlos, y tantos los artistas que en vez de volver á su patria se establecieron ó pasaron la mejor parte de su vida en la extraña, que ese número sería suficiente y de sobra para pensar en un cambio de sistema menos deficiente, dejándonos de palabras altisonantes, frases ampulosas y discursos ó disertaciones de sensación pasajera, que dura sólo el tiempo de escucharse, en actos revestidos de la solemnidad propia del caso, por lo que parece se coloca la primera piedra de un monumental edificio... pero á vuelta de algún tiempo resulta levantado sobre ella un simple barracón... *¡Celá a fait son tour!* Preciso es, porque la experiencia lo enseña, dejarnos de esas teorías ilusorias, cuando menos, y estudiar, intentar y plantear medios que conduzcan á más prácticos resultados, y sobre todo más provechosos á las localidades, empleando mejor el dinero que en esto se quiera ó se pueda invertir; pudiendo añadirse y que se debe invertir.

. . . .

Media una distancia inmensa entre tomar al pie de la letra el axioma de que para despertar y avivar el sentimiento y solidificar, dígase así, la educación artística, sea indispensablemente preciso vivir mucho tiempo en esos grandes centros del arte y ante las obras de los primeros maestros, y para ello, de consecuencia lógica la falsa rutina de las pensiones, el sostenimiento de escuelas en el extranjero con mayores ó menores pomposos títulos académicos... De esta idea, á la de negar y rechazar la necesidad de ver, de impresionarse, de estudiar las obras de los grandes maestros, habría la distancia que separa el uso del abuso. No se rechaza la idea de la necesidad de ver, de conocer y conocerse; no se niega esa necesidad, antes muy al contrario, lo que se ha de combatir es el sistema considerado infalible, el abuso en que se incurre, el error que se comete y en el cual se persiste.

Las disposiciones, los talentos y sobre todo los genios brotan por su propia fuerza: estos últimos producen destellos; pero luz fija y esplendente, sólo por el estudio, la enseñanza, la educación, el estímulo y cuanto conveniente sea á su depuración... esto es difícil puedan lograrlo por sí solos: un Rembrandt es excepción de regla; á Murillo le fué suficiente lo que vió en Sevilla y Madrid; Zurbarán no estuvó en Italia; Cano no salió de España; Velázquez, ya muy hombre y consumado artista, pasó á Italia, y si de una parte recibió impresiones, que supo aprovechar, de otra asombró con sus obras á los de allá... A este eximio maestro le bastó ver cómo pintaba Andrés Sacchi para cambiar su estilo primitivo; Antonio Allegri, ante un cuadro de Rafael, exclamó: *«Anch' io sou pittore.»* Sin embargo, á otros temperamentos les fué preciso ir á estudiar y á impresionarse fuera de su patria: si Ponssin y Claudio Gelée no hubiesen salido de Francia, fijando su residencia en la península italiana y en Roma, á buen seguro que al primero no se le hubiera dado el título de *Rafael Francés*, ni el segundo habría conquistado la fama de que gozó.

Estos y otros ejemplos pueden probar poco en pro ó en contra; pero prueban mucho con respecto á que ni una ni otra cosa puede considerarse como axiomática, pues muchos ni á la vista de tales obras ni por largo tiempo les sacan el jugo. En resumen, según los casos y circunstancias se ha de adoptar lo que se crea conveniente: ni abrir de par en par la puerta á todos, ni cerrarla y atrancarla.

. . . .

Supóngase que por el presupuesto del Estado, provincia, municipio, corporación ó sociedad artística se costea una pensión de dos, tres, cuatro ó cinco mil pesetas por cierto número de años, que por lo regular no son menos de tres. Como es natural, se presentan al concurso á pescar la plaza noveles artistas, y no hemos de suponer aquí si nuevos Icaros con alas de cera ó azuzados y protegidos por elevadas influencias, cuyas insinuaciones pueden ejercer poderosa presión hasta el extremo de poder sospecharse quién será el favorecido antes de practicarse los ejercicios... Nada de eso, sino simplemente que esos jóvenes sean de aquellos que se conocen con el nombre de *ratas viejas de clase*, y como tales se lucen en el examen, echando fuera y de una vez todo lo que saben superficialmente; pero por la brillantez de las pruebas y con la más rigurosa justicia se les concede la plaza; remiten los trabajos obligatorios, y por ellos se alienta una esperanza... ó se evidencia una decepción.

En el primer caso, el más completo y satisfactorio, el final puede saberse *à priori:* ó una individualidad sacrificada á morirse de hambre, si no toma refugio en otra profesión que le proporcione lo necesario para vivir, ó como artista de mérito, imperiosamente obligado á ir donde el arte le dé lo suficiente para su existencia.

Ya en uno como en otro de los dos casos, si en la localidad falta atmósfera, el artista huye de ella; si el artista, por valer poco, no la necesita, en ella se queda y de nada sirve. Y siempre tendremos por residuo que, si no es un gran centro que dé de sí, el gasto resulta inútil para aquellos que lo satisficieron.

. . . .

Parece que sería muy racional y lógico que, meditando eso, se tratase de abandonar el adoptado sistema, estudiando y ensayando el planteamiento de algún otro de mejores resultados. Una pensión limitada á los tres indispensables años de estudio y en cantidad suficiente para que el pensionado pueda vivir y trabajar con algún desahogo, no se podrá conceder por menos de seis, ocho ó diez mil pesetas.

Se trata de un pintor, de un estatuario, de un arquitecto, de un músico, de un artífice, de un industrial, etc., etc., ¿por qué, pues, con esa cantidad no recompensar y remunerar, encargando á un artista, compositor, artífice ó industrial de reconocido mérito, y por concurso si se quiere, una pintura, una estatua, un proyecto, una composición, una joya, un mueble ó un artefacto? Así se andaría sobre más seguro, siempre y cuando se recompensase el positivo y probado mérito, y se ganaría tener una obra de arte. Los artistas y los artífices aparecerán si cuentan con recompensa y remuneración por sus obras... ¡Cómo no, si aun á pesar de ese mal sistema y luchando y padeciendo, aparecen y se imponen! ¿Acaso únicamente los pensionados han sido los artistas de más sobresaliente mérito y mayor renombre? Los artistas acudirán y vivirán en la localidad que les ofrezca medios para subsistir; los artistas desarrollarán su talento y su genio si hallan atmósfera, y sobre todo aprecio, justo premio á sus esfuerzos.

¿No viven en los centros de la fabricación y de la industria los industriales? ¿No acuden al tráfico los comerciantes? ¿No se instalan los banqueros donde hay juego de bolsa... ó los jugadores de otro género donde haya la *roulette*? ¿No se establecen sociedades de crédito allí donde pueden atraer y absorber capitales?... Dése á los artistas lo suyo y ellos aparecerán y enriquecerán el país que los quiera.

Reconozcamos que así como se sigue vamos á un desequilibrio; quizá estamos en él: andamos equivo-



RECUERDO DE MARRUECOS, cuadro de D. Gonzalo Bilbao. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1891.)

cados: no nos avergoncemos de confesar el error; que en en esto honra más la enmienda que la tenacidad.

. . . .

Entonces *¡qué hacer!* Muy sencillo: haciendo bien lo que se hace mal; al revés de lo que se hace si el resultado no es bueno.

Puede decirse que eso viene indicándose tan de lejos, que no hay más que tender la vista sobre la historia del arte monumental ó sobre la de la sociedad, que es lo mismo. Dejémonos de revistas frívolas, de juicios de impresión, de equilibrios eruditos para presentar lo blanco negro y lo negro blanco y demás menudencias repugnantes, y acudamos á las firmes bases sobre las cuales únicamente puede sostenerse la mole de la grandiosa fábrica. Existen los documentos históricos reflejando la vida del sentimiento y de la civilización, ¡pues no han de existir!, escritos sobre lienzo y tablas, trazados en piedra y bronce: existen muchos y buenos libros que apenas se leen. Hágase otra cosa de lo que se hace, y los artistas de primera fuerza aparecerán y entonces podremos exclamar: *¡Esto es!* Pues si brota y se desarrolla lo malo y lo repugnante á los repetidos y continuos esfuerzos para lograrlo, ¿podrá dejar de aparecer y de prevalecer lo simpático, lo agradable y lo bueno, con menor empeño para obtenerlo? Es indudable.

«¿Qué se ha de hacer?»

Yo tal vez diría... pero, no: mejor será ceder la palabra á quien supo decir bien y hacer mejor; cédase al insigne Pericles, que dió su nombre á su siglo, reproduciendo de un discurso suyo el trozo siguiente:

«Vosotros, los que esperáis que yo emprenda grandes trabajos, preparaos con ardor y no acariciéis una confianza inactiva. Las guerras, sembradas por las guerras, tocan á su fin: ¡quieran los dioses favorecernos con una paz que será más gloriosa para nuestra patria que las victorias sangrientas! Los que de entre vosotros sean considerados capaces para construir ó edificar, esculpir ó pintar obras dignas de admiración, gozarán de una existencia asegurada y de ganancias considerables. Pero aquellos cuya mano sea poco experimentada y á quienes Minerva no haya sonreído en verdad, mejor harán en dedicarse á cultivar la tierra ó meterse á alfareros. Jamás tomarán parte en los trabajos; jamás ¡por Júpiter! les entregaré para que los destruyan los mármoles del Pentélico y las materias preciosas que hago traer de todos los países para adornar la ciudad; no, aun cuando me una á ellos el más próximo parentesco, aun cuando el gran sacerdote de Neptuno Erectheo los protegiese, aun cuando Aspasia suplicante tendiese hacia mí sus hermosos brazos. Un general no coloca nunca en los puestos peligrosos á un soldado cobarde y débil; yo, por igual motivo, sería con razón criticado si confiase las riquezas y el renombre de nuestra patria á unos artistas sin habilidad. Los lacedemonios arrojaban á una sima á los niños deformes, á fin de no haber de alimentar á ciudadanos inútiles: así quiero quitar la esperanza á los arquitectos, escultores y pintores que carezcan del sentido de lo que es bello, porque si el Estado los emplease no harían más que causar perjuicio y estrago. No es justo que el interés de uno solo sea preferido á la gloria de todos. ¿Qué dirían los atenienses á los otros griegos, que prontamente vendrán á contemplar su ciudad adornada con mil obras de mérito, si fuese preciso mostrarles al mismo tiempo lunares vergonzosos y edificios que más valdría no haber nunca acabado? Esforzaos, pues, en producir únicamente obras nobles, irreprochables y de una belleza que nunca pueda envejecer.»

. . . .

Mientras se digiere bien ese retazo, puede pensarse en *lo que se ha de hacer.*

JUAN O. NEILLE

NEUROSIA

No conozco á los hombres más que de vista; de ahí nace, sin duda, que ellos no me conozcan á mí.

Eso de investigar las relaciones que nos unen con el sexo llamado fuerte, me parece acto de debilidad impropio del ser superior.

Ha llegado el momento decisivo: no cabe ya discusión en este punto; las sociedades lo reconocen, la ciencia universal lo proclama.

La mujer lo es todo; el hombre (macho) un cero á la izquierda.

Hasta ahora el hombre se había erigido un pedestal de arenillas de salvadera con esta inscripción:

«Dueño del universo.»

El frágil muro ha caído; el hombre estatua rueda: ya no es dueño ni de sí mismo. Ya no interviene en el desarrollo de la actividad humana.

Lo más que hace es dejarse dominar por la mujer, por su suegra.

Esta página del día pertenece á mis «Memorias autobiográficas» en que consigno impresiones de mi vida que para todas las mujeres son hoy fatalistas, pesimistas, respecto al porvenir y destinos futuros del hombre.

De tal suerte se ha afeminado que no no le queda otro recurso que la plancha: las faldas.

Los pantalones pertenecen ya de hecho y de derecho á nuestro guardarropa.

De su cerebro nos hemos hecho nosotras el gorro de dormir. Su carácter no alcanza al tacón de nuestro zapato.

¿Pero en qué estriba esta digresión de mi espíritu sobre el hombre? ¿A qué viene este aparte indigesto? ¿Por qué este disparo con pólvora sorda?

¿Por qué?... Sabedlo.

Ha habido un necio, un osado, capaz de pretenderme. Un atrevido solicita mi mano. ¡Horror!

Ya veis para lo que sirven los hombres.

Contesté á su carta. ¡Oh, sí, al momento y de buena tinta! Robé unos minutos á mis delectaciones intelectuales, á mis ideas inspiradas en el modernismo más correcto. Me aparté de mis especulaciones científicas. Dejé en suspenso los hilos sutiles de mi depurada filosofía. El *yo* evolucionó al *él*.

Oíd mi contundente respuesta:

«*Sr. D. Juan Pérez.*

»Se necesita llamarse así para proponerme la mayor de las vulgaridades.

»Se necesita no tener ojos para haberlos puesto en mí.

»¿Por quién me ha tomado usted, ó mejor dicho, por quién me quiere tomar?

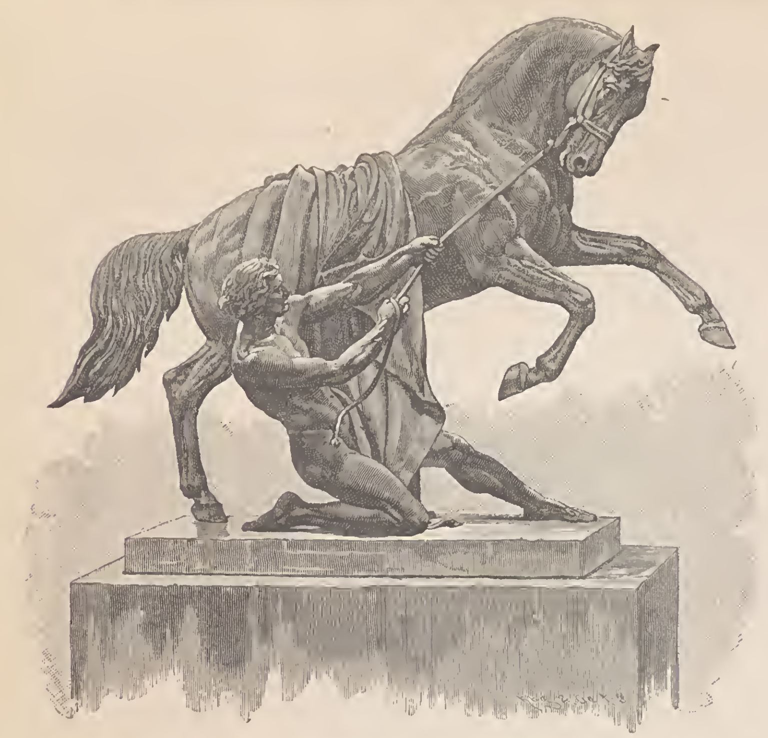
»Gracias que hoy estaba de humor para distraerme y me he fijado en la correspondencia epistolar á que nunca contesto; la considero el uso peor que puede hacerse de saber mal escribir.

»¿Cómo ha de leer cartas quien no vive en el mundo físico, quien no tiene nada de sensible, quien sólo pertenece al ideal?

»¿Usted sabe lo que es ideal? Lo dudo.

»Yo también le creí una ilusión introspectiva, pero al fin rindo culto á la idea de que lo ideal es lo real.

»¿Entiende usted de metafísica? Me parece que no.



Grupo escultórico en el puente de Anichkof, San Petersburgo, obra del barón Klodt

»¿Podría usted admitir discusión sobre la razón pura y la razón práctica?

»¿Concibe usted el *yo* y el *no yo* de Schelling?

»¿Ha penetrado usted en la ontología? ¿Sabe usted cuál es el ente?... Mírese al espejo.

¿Cómo podría usted alternar con quien sumida en sus abstracciones, sujetivizada, ha evolucionado desde el espíritu á la materia, desde la nebulosa á la última capa geológica, desde las estrellas á los miriápodos?

»Imposible, señor mío ó señor de otra; usted no es capaz de empaparse como yo en la interpretación, en la dilución psíquica de los varios, sorprendentes y complicadísimos sistemas que rigen el universo.

»Yo, siguiendo el impulso de mi tiempo que concede á la mujer aptitudes supranaturales, estudio las teogonías indias y egipcias. (Todo lo indio es hoy muy interesante.)

»Investigo las ventajas que pudo traernos la unidad moral en contraposición de la de la antigüedad pagana.

»He recorrido á Descartes, Locke, Hume, Kant, deteniéndome en el examen del criticismo que separa la razón especulativa de lo absoluto, explicándome los conflictos del altruismo...

»Por fin he llegado á reirme del pesimismo de Schopenhauer (no vaya usted á creer que esto quiere decir sopas en agua) y del optimismo de Krause, filósofo á quien seguramente habrá oído nombrar, pues no hay hombre moderno por corto de alcances que sea que no le haya citado hasta que pasó de moda.

»¡Cuál no será el asombro de usted cuando sepa que además de esto, además del estudio psicológico, yo me ocupo de todo aquello que denota un paso adelante en la lucha de la existencia, en la perenne batalla intelectual!

»Desde los misterios cósmicos hasta la poesía, sin versos, por supuesto, me recreo de igual modo con la filosofía y la matemática, la hidrología y la lingüística, la farmacopea y la sociología, la estética y la metalurgia, y en cuanto á la química, mi ciencia predilecta, preparo una disertación sobre las substancias venenosas, leucomainas y plomainas, etc., etc.

»En medicina asisto al laboratorio para conocer los cultivos ó bacilos, el vírgula.

»En ciencias naturales tengo inédito un estudio sobre el *Vespertilio pipitrellus* (murciélago), al cual concedo dotes de inteligencia superiores al ruiseñor (Filomena).

»La crematística no me preocupa; tengo poco que conservar. En arte detesto la arqueología prehistórica tanto como me encanta el renacimiento.

»Yo hubiera escrito una novela cada dos meses, observando los documentos humanos de Zola, ó un drama semi-romántico cada ocho días, como ahora se usa; pero esos medios de expresión están gastados y poco conformes con la omnisciología ó verbo del porvenir.

»¿Podemos entendernos usted y yo?; ó dicho sea con perdón, ¿cabe que usted espume el puchero? Cabe: la cocina se ha hecho para el hombre; la mesa para la mujer.

»Tendría usted, señor Pérez, que ir á la compra, barrer, limpiarme las botas y las cazcarrias del vestido; ejercer los oficios mecánicos reservados á su sexo, mientras yo me entrego á la más grata y trascendental de las ocupaciones: la de pensar.

»¿Comprende usted ahora la evolución? ¿Aceptaría usted por vivir á mi lado ese papel? No lo creo, aunque estoy persuadida de que en término no lejano se cumplirán los destinos de la humanidad.

»La mujer que va convidada á los Ateneos, pertenecerá de derecho pronto á ellos.

»La dama que asiste á la tribuna de orden del Congreso, tomará asiento en los escaños como miembro por derecho propio de la representación nacional.

»El sufragio no podrá llamarse universal hasta que nos convierta más que en electoras en elegibles.

»¿Cómo pueden ustedes creer, en el siglo de las máquinas Singer, que hemos nacido para coser?

»Ya allá por el siglo VII se prohibió á las mujeres coser vestidos, cardar lana y esquilar carneros el domingo.

»La Edad media fué un incensario que envolvió á la mujer en olor de santidad para perderla.

»Ahora no queremos ni lo uno ni lo otro. Ni el yugo de los tiempos paganos ni las flores de trapo en las empalagosas Cortes del Amor.



Monumento de Nicolás I en la plaza de Isaac, San Petersburgo

»La mujer del presente momento histórico desprecia por igual la aguja y la espada.

»La unión es la fuerza, escribe en su lema; coge la pluma y barre el limo que por sus sendas va dejando el hombre. Este es el único modo de barrer á la moderna.

»En esto vamos estando conformes todas las mujeres del club, desde la Michel á una servidora de usted.

»La hipnotización de la mujer por las mujeres es ya un credo y pronto será un hecho universal.

»Yo pertenezco entre otras asociaciones á la *Liga terrenina*, al *Círculo de la vestal*, al *Sindicato de las obreras de la inteligencia* y estoy corrigiendo las pruebas de las Estatutos de la grande obra titulada: *La perfecta soltera*.

»Fuí invitada para presidir el *Patronato del divorcio*, que suma ya miles de adictas, pero no he aceptado ese honor.

»En esta materia no soy tan radical. Para evitar la propagación del divorcio hay un medio: basta con suprimir el matrimonio. ¿Cómo?

»Declarando la guerra al hombre en todos los terrenos. Demostrando su incapacidad para hacer feliz á la mujer.

»Si yo tuviera el mal gusto de casarme, ¡qué desgracia la de tener hijos para lacayos ó zapateros de las damas! ¡Cuánto sufriría de tener hijas que no pensaran como yo!

»Me pasa, señor de Pérez, lo que al anatómico. De tanto profundizar mi escalpelo, el cadáver del hombre le considero ya como un pedazo de materia, Carne putrefacta.

»Dispense usted la franqueza con que le hablo, y si alguna vez cae en la tentación, poco frecuente en los sabios de ahora, de abrir un libro y leerle; si de manos á boca tropieza usted con esta carta en letras de molde, no me eche usted la culpa.

»Si el hombre no quiere que le pintemos tal cual es, que deje de ser un ente infinitesimal; un microcosmos.

»Suelto la pluma: los nervios no me dejan continuar. Vale.»

Fernando Martinez Pedrosa

EL ABANICO

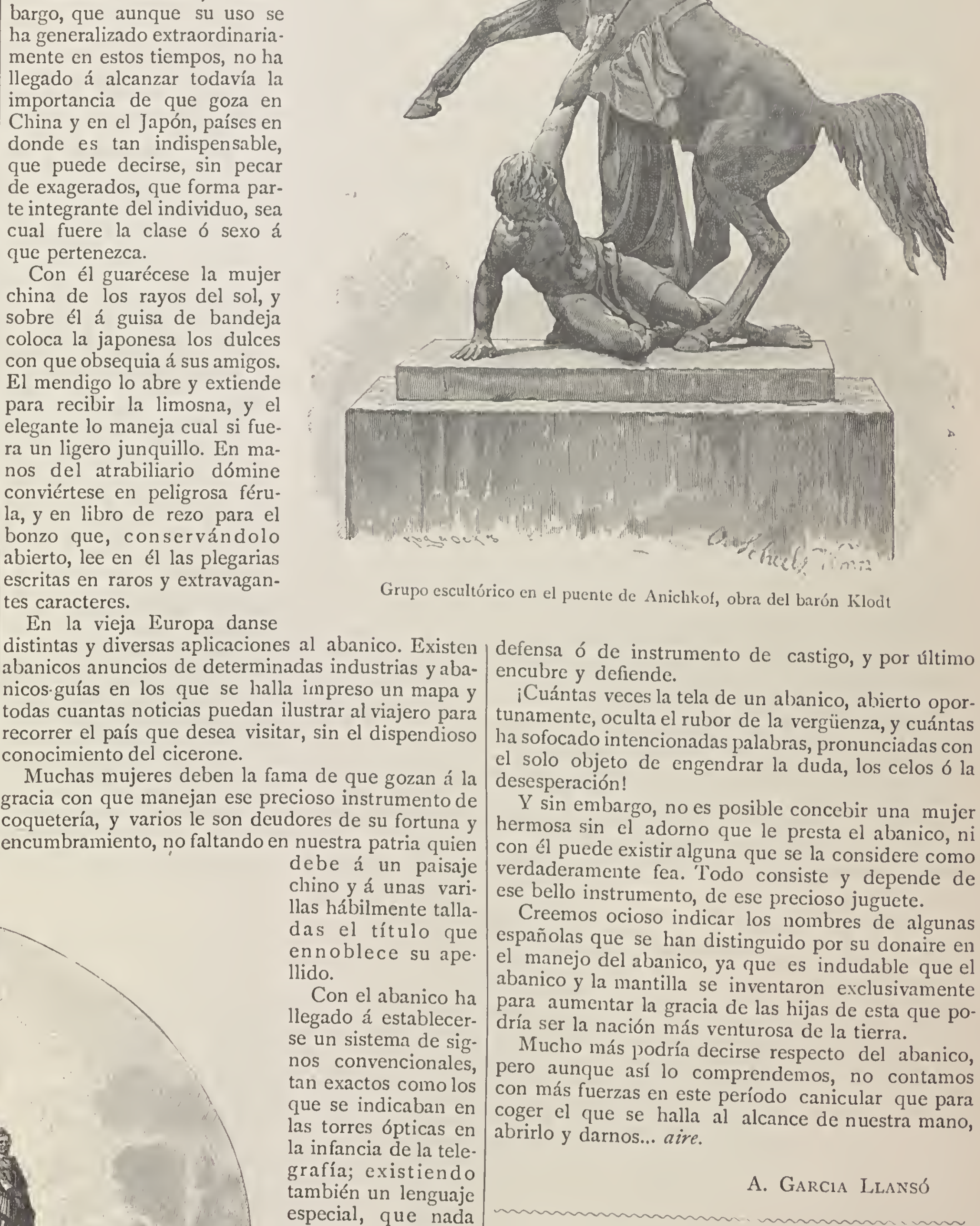
ARTICULO DE VERANO

Difícil es determinar la época en que se inventó el abanico, ese pedazo de papel ó de tela pegado á unas varillas de madera, marfil ú otra materia más ó menos rica, que manejada por la dura mano del hombre sólo produce aire y en la delicada de la mujer conviértese en peligroso instrumento, tan bello, espiritual y agradable como ridículo y pesado en la del sexo fuerte. Créese, sin embargo, que nuestros padres después de su expulsión del Paraíso y con posterioridad los pueblos primitivos debieron emplear las hojas de algunos vegetales para producir, puestas en movimiento, corrientes de aire con que refrescar su abrasada epidermis en los períodos caniculares.

La fabricación más ó menos basta de los tejidos debió ser un gran paso dado por la industria primitiva para el perfeccionamiento de este objeto verdaderamente *aéreo*.

De las investigaciones hasta ahora practicadas resulta que en el siglo XII ya se conocían en Francia los abanicos, y que en 1316 la condesa de Artois poseía uno con el mango de plata maciza. Y debe de ser así, pues en los retablos y miniaturas de los siglos XIII y XIV represéntase á las damas teniendo en las manos grandes abanicos muy semejantes á los que hoy se usan en Argel y Túnez. Asimismo consta entre los objetos anotados en el inventario del rey Carlos V de Francia «un abanico redondo con el mango de marfil,» y en la lista de su real servidumbre figuran dos *abanicadoras* para orear á S. M. durante las comidas.

La forma de los primeros abanicos debió ser redonda, careciendo de la elegancia y comodidad que proporciona su plegado. Por eso, Rabelais en una de sus obras se refiere á los «abanicos redondos, de pluma, papel y tela.» Supónese que los cerrados ó


Grupo escultórico en el puente de Anichkof, obra del barón Klodt

plegados tal cual hoy los conocemos, tienen su origen en el Japón, de donde los importaron los portugueses en el siglo XVI, extendiéndose su uso desde que la famosa Catalina de Médicis lo adoptó en las grandes recepciones y actos palaciegos, alternando el abanico plegado con el circular de plumas y el que se asemejaba á una bandera, que es el que todavía se usa por algunos vetustos menestrales de Cataluña como obligado adorno en las procesiones del *Corpus Christi*.

Desconocemos la época en que se introdujo su uso en España, aunque suponemos que, dada la maestría y gracia con que lo manejan nuestras compatriotas, especialmente las de las provincias meridionales, debió ser la primera en adoptarlo.

Para probar nuestro aserto, basta fijarse en la circunstancia de que el abanico más precioso y rico, de artístico y trabajado varillaje, en manos de una inglesa, por ejemplo, es un objeto frío, sin expresión, impropio, vulgar y hasta ridículo. Sus movimientos son pesados, sin gracia, rígidos y mudos. En cambio, manejado por una española cobra expresión, adquiere fuerzas, vigor y vida, imprime tonos y forma el complemento de ese conjunto de gracia, sencillez, malicia, travesura y sentimiento que expresan unos ojos negros, velados por sedosas pestañas, de los que brotan el fuego de la pasión ó el desdén más completo. De objeto inútil conviértese en aditamento de gracia y arma de encantadora coquetería, peligrosa siempre para el hombre enamorado que deja su corazón prisionero entre sus dobleces.

Cuentan, sin embargo, empolvados y mugrientos cronicones que en el ya citado siglo XVI existía en la corte de las Españas una ilustre dama, Doña Inés de Mendoza, que lo manejaba admirablemente; que la caprichosa Catalina de Médicis comisionó á una de sus camaristas para estudiar y aprender los movimientos que aquélla imprimía al abanico, resultando del informe emitido que se elevaban á noventa y nueve distintas posiciones las que podían aplicársele, que eran las que usaba nuestra graciosa paisana.

Existen abanicos para teatro, calle, paseo, visitas, tertulias y bailes; de verano é invierno, para la ciudad y para el campo. Los hay chillones y severos, tristes y alegres, castos y complacientes, risibles y serios, incitantes y virtuosos, así como de distintas clases y materias; de oro, nácar, marfil, ébano y sándalo, vestidos de papel chino, tafetán ó raso, y adornados con perlas, diamantes y preciosas miniaturas. Sobre la tela han corrido los pinceles de Rubens, Bouchery, Watteau y otros renombrados pintores, representando sumas importantes la colección de los que poseen algunas de nuestras elegantes.

En el siglo pasado fué tanto lo que se extremó su lujo y riqueza, que según un cálculo que se hizo en 1745 por un distinguido estadista, existían en París abanicos cuyo valor ascendía á ocho millones de francos.

Debemos convenir, sin embargo, que aunque su uso se ha generalizado extraordinariamente en estos tiempos, no ha llegado á alcanzar todavía la importancia de que goza en China y en el Japón, países en donde es tan indispensable, que puede decirse, sin pecar de exagerados, que forma parte integrante del individuo, sea cual fuere la clase ó sexo á que pertenezca.

Con él guarécese la mujer china de los rayos del sol, y sobre él á guisa de bandeja coloca la japonesa los dulces con que obsequia á sus amigos. El mendigo lo abre y extiende para recibir la limosna, y el elegante lo maneja cual si fuera un ligero junquillo. En manos del atrabiliario dómine conviértese en peligrosa férula, y en libro de rezo para el bonzo que, conservándolo abierto, lee en él las plegarias escritas en raros y extravagantes caracteres.

En la vieja Europa danse distintas y diversas aplicaciones al abanico. Existen abanicos anuncios de determinadas industrias y abanicos-guías en los que se halla impreso un mapa y todas cuantas noticias puedan ilustrar al viajero para recorrer el país que desea visitar, sin el dispendioso conocimiento del cicerone.

Muchas mujeres deben la fama de que gozan á la gracia con que manejan ese precioso instrumento de coquetería, y varios le son deudores de su fortuna y encumbramiento, no faltando en nuestra patria quien debe á un paisaje chino y á unas varillas hábilmente talladas el título que ennoblece su apellido.

Con el abanico ha llegado á establecerse un sistema de signos convencionales, tan exactos como los que se indicaban en las torres ópticas en la infancia de la telegrafía; existiendo también un lenguaje especial, que nada tiene que envidiar al que expresan las flores en sus atinadas combinaciones.

Si importante es para la mujer en general saber manejar el abanico, mucho más trascendental es para la actriz. En manos de ésta puede ser ó dejar de ser. Lo mismo puede significar para el espectador un puñal que el cetro de una reina. Con él se eleva ó vulgariza la artista. Movido inteligentemente da fuerza á sus palabras, pide protección, hace concebir una esperanza, acaricia ó rechaza, amenaza ó perdona, anima, se incomoda, llora, ríe, sirve de defensa ó de instrumento de castigo, y por último encubre y defiende.


Monumento de Catalina II que se alza enfrente del teatro Alejandra, San Petersburgo

¡Cuántas veces la tela de un abanico, abierto oportunamente, oculta el rubor de la vergüenza, y cuántas ha sofocado intencionadas palabras, pronunciadas con el solo objeto de engendrar la duda, los celos ó la desesperación!

Y sin embargo, no es posible concebir una mujer hermosa sin el adorno que le presta el abanico, ni con él puede existir alguna que se la considere como verdaderamente fea. Todo consiste y depende de ese bello instrumento, de ese precioso juguete.

Creemos ocioso indicar los nombres de algunas españolas que se han distinguido por su donaire en el manejo del abanico, ya que es indudable que el abanico y la mantilla se inventaron exclusivamente para aumentar la gracia de las hijas de esta que podría ser la nación más venturosa de la tierra.

Mucho más podría decirse respecto del abanico, pero aunque así lo comprendemos, no contamos con más fuerzas en este período canicular que para coger el que se halla al alcance de nuestra mano, abrirlo y darnos... *aire*.

A. Garcia Llansó



BIEN VENGAS MAL

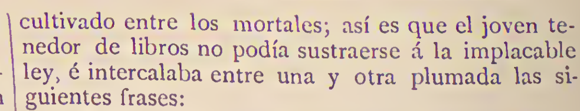
I

INTERIOR DE UNA TIENDA

Suplico á mis carísimos lectores que me den una prueba más de la docilidad que muestran hacia el atrevido novelista, que en aras de su empeño emprende la peregrinación para penetrar en los más recónditos y misteriosos pliegues de lo vedado, y acompañen mi humilde personalidad en busca de asunto para esta mal llamada novela.

Todos ustedes conocen sin duda lo que es una tienda de comestibles; no habrá ninguno seguramente que no haya contemplado las instalaciones más ó menos agradables y apetitosas de un almacén de coloniales; pero me atrevo á asegurar *à priori* que pocos conocerán el recinto llamado generalmente trastienda.

En ese local, poco ó nada alumbrado, húmedo las más de las veces y saturado de emanaciones confundidas del pez de Escocia, del queso de Gruyere y de los exóticos embutidos, veréis inclinado hasta tocar con la vista el libro al sujeto encargado de llevar la contabilidad del establecimiento.



La tienda de ultramarinos de D. Cosme Trompeta, que ocupaba toda la planta baja de la casa número 8 de la calle del Cuerno del Oro, pertenecía al género que acabamos de describir. Dos escaparates con vidrios semitransparentes, en cuyo interior se albergaban en revuelto montón esas mil manifestaciones de la industria alimenticia, y que son otro suplicio de Tántalo para los desheredados, eran el prisma á través del cual podría calcularse la fortuna de nuestro D. Cosme.

Este era uno de tantos provincianos que comienzan su carrera desde las penosas y serviles tareas del mancebo, y á fuerza de perseverancia y de economías se establecen por cuenta propia en el ocaso de su vida.

Inteligente en su profesión, lo demostraba la numerosa clientela que afluía á su tienda, y su patente de hombre de conciencia la acreditaba la opinión pública, único juez en la materia.

Poco ó nada nos importa para el objeto de esta novela, ni el conocimiento exacto del físico ni los antecedentes y detalles relativos á la esposa de don Cosme, un ser vulgar, sin iniciativa y acostumbrada á obedecer ciegamente á su media naranja. Tampoco pararemos mientes en los dos mancebos que para las necesidades del despacho poseía el establecimiento; únicamente dedicaremos párrafo aparte al tenedor de libros.

II

UN BUEN MUCHACHO

Lo era ciertamente Serafín Cazpitilla, joven alcarreño, en quien D. Cosme tenía depositada su confianza mercantil. El chico de la Alcarria era poseedor de una hoja de servicios algún tanto borrascosa, accidente propio de la inexperiencia de unos diez años pasados en la peligrosa atmósfera de Madrid.

De los bienaventurados y apacibles lares paternos marchóse á los quince años al abismo cortesano, sin más bienes y títulos que el de bachiller y una recomendación de sus papás para un su tío, portero mayor del Congreso.

Creían cándidamente los rústicos padres de Serafín que la tal recomendación era el *régium exequátur* que le abriría á su tierno vástago las doradas puertas de la fortuna.

Allá en su primitiva imaginación figurábanse al portero omnímodo personaje, á cuya protectora sombra encontraría su hijo la piedra filosofal.

Bien pronto se desvanecieron las esperanzas de los unos y la ilusión del otro. El portero recibió á su sobrino con verdadero cariño; le explicó con franqueza su situación harto estrecha y mezquina, y á guisa de preámbulo y con el fin de que el joven alcarreño Cazpitilla, conociera prácticamente la comedia del *gran mundo*, lo colocó durante varias sesiones en la tribuna del público del Congreso.

Pocas lecciones bastaron para que la inteligencia del alcarreño se diera cuenta exacta de la situación.

Con el diploma de bachiller se creyó en condiciones más que suficientes para aspirar á la conquista de un puesto entre aquella pléyade de señores de adusto semblante que ocupaban los escaños de aquel templo de la política, aspiración tanto más arraigada cuanto su solícito pariente había desempeñado á conciencia el papel de *cicerone*, explicándole muchas lindezas de todos y cada uno de los representantes de aquella augusta asamblea.

Elaborado el plan, dedicóse con empeño á ponerlo en vías de hecho.

En primer lugar frecuentó un café donde se reunían ciertos sujetos que se llamaban literatos y en cuya compañía aprendió á conocer lo que son los fallos del público, con los productos de cerebros más ó menos calibrados.

Pecó como los demás, y su juguete en un acto *La risa de Sesostris* le valió una severa lección y un desengaño.

Como quiera que los fiascos eran moneda corriente en aquel grupo, pronto se hizo el vacío, desfilando uno á uno en busca de escenas más hospitalarias, no tardando Cazpitilla en verse solo como una de tantas víctimas de aquel naufragio.

Las columnas de un noticiero con grabados se honraron recibiendo en su seno algunos artículos de fondo y poesías del de Alcarria, que hicieron bajar el papel (como diría un bolsista); es decir, que para el director y propietario del periódico se tradujeron en bajas en la suscripción.

No seguiremos al equivocado chico en su azarosa peregrinación hasta hallarlo con el entretenido empleo de llevar los libros en la tienda de D. Cosme; pero haremos constar de pasada que en el actual momento histórico creía firmemente haber encontrado el reposo físico y moral que ha tiempo necesitaba.

No obstante los elocuentes desengaños, no había perdido la costumbre de improvisar algún que otro soneto que distraído enviaba á un comprador en lugar de una factura de pimiento molido. Se citaba también el caso de haber sentado en varios folios del Mayor una escena íntegra de *La risa de Sesostris*; distracción que le valió una severa reprimenda de su principal y los sabrosos comentarios de cuantas personas se enteraron del suceso.

III

LOS AMORES DE SERAFÍN

Ocupado con algunos documentos se encontraba nuestro héroe en la trastienda del almacén de Trompeta, y entre el revoltillo de papeles que delante de sí tenía, confundidas con los talones, órdenes, recibos y otros documentos, veíanse varias cuartillas de una comedia recién comenzada y que era una prueba evidente de que Cazpitilla no había perdido aún por completo el cariño á las Musas.

El monólogo ha sido y será siempre el género más cultivado entre los mortales; así es que el joven tenedor de libros no podía sustraerse á la implacable ley, é intercalaba entre una y otra plumada las siguientes frases:

—¡Está visto! Doña Milagros es inexorable en sus propósitos. No me otorgará la mano de mi Luisita sino á trueque de perder mi tranquilidad. No le parece suficiente el éxito de *La risa de Sesostris* y quiere lanzarme al insondable abismo del fracaso. ¡Dios no me ha llamado por ese camino, y esto no obstante, Doña Milagros, cual otra tentadora Eva, me tiende la apetitosa manzana; quiero decir, no permite que me case con su hija sino *sub conditione* de crearme un nombre en la literatura dramática.

Bastan estas frases sueltas para que mis lectores comprendan que nuestro hombre se hallaba perdidamente enamorado de Luisa, de quien Doña Milagros era tan exigente mamá.

El origen de estos amores se puede explicar en dos palabras:

Era una mañana del mes de junio: hallábase Serafín en la época de transición de su vida; es decir, encontrábase en vísperas de alcanzar la colocación en casa de D. Cosme.

Paseábase por una de las avenidas del Retiro, cuando de repente hirió sus oídos una voz varonil, que recitaba los espirituales versos de *La vida es sueño*, de Calderón.

Sorprendióse algún tanto, y buscando la persona que eligiera tal hora y sitio para lanzar al aire aquellas armoniosas décimas, no tardó en hallar la causa, pues al doblar un vallado de verdura descubrió sentadas en un banco dos señoras: una de ellas tenía un libro en la mano y era la que con voz de contralto leía las páginas de la citada obra.

Escuchaba la otra con gran atención, y en sus hermosos ojos negros retratábase la admiración que en su alma producían los inspirados versos.

Serafín comprendió al primer golpe de vista que se trataba de madre é hija por el parecido y la desproporción de edades que entre ambas existía.

La joven representaba tener de diez y ocho á veinte años, y su tez morena; ojos rasgados y expresivos y talle de exquisita elegancia denunciaban en ella á una hija del Mediodía de España.

Absorto quedó Cazpitilla ante tal aparición, y como la señora mayor advirtiera la presencia de aquél, suspendió la lectura, posando una impertinente y escudriñadora mirada en el intruso.

Serafín comprendió que estaba estorbando, y se disponía á tocar retirada con harto sentimiento suyo, cuando la mamá se lo impidió con la siguiente pregunta:

—¿Caballero, le gusta á usted la poesía?

En un momento acudieron en vertiginoso tropel al cerebro de Serafín sus pasadas empresas literarias; sintió estremecerse su dormida fibra; la multitud de artículos en prosa y verso que habían labrado su desdicha, y á los cuales, no obstante, quería como un padre quiere á los hijos que ha engendrado, desfilaron velozmente en su imaginación, y dominado por la electricidad de aquellos efluvios respondió sin titubear:

—¡Con delirio, señora!

Esta respuesta fué, por decirlo así, el talismán que abrió las puertas de la simpatía en los románticos corazones de las dos mujeres; y excusado es decir que aquella mañana se terminó la lectura del drama en compañía de Serafín, que recitó por su parte algunas escenas.

Todo aquel verano, hasta que el helado cierzo del Guadarrama anunció la proximidad del invierno, se reunían en el mismo sitio nuestros personajes para saborear las bellezas literarias de las obras de Calderón, Lope y otros autores del teatro español antiguo y moderno.

Como consecuencia de esta proximidad tan familiar, los corazones de Luisa y Serafín se comprendieron, y empezó para ellos el tiránico reinado del amor, sancionado con el visto bueno de Doña Milagros.

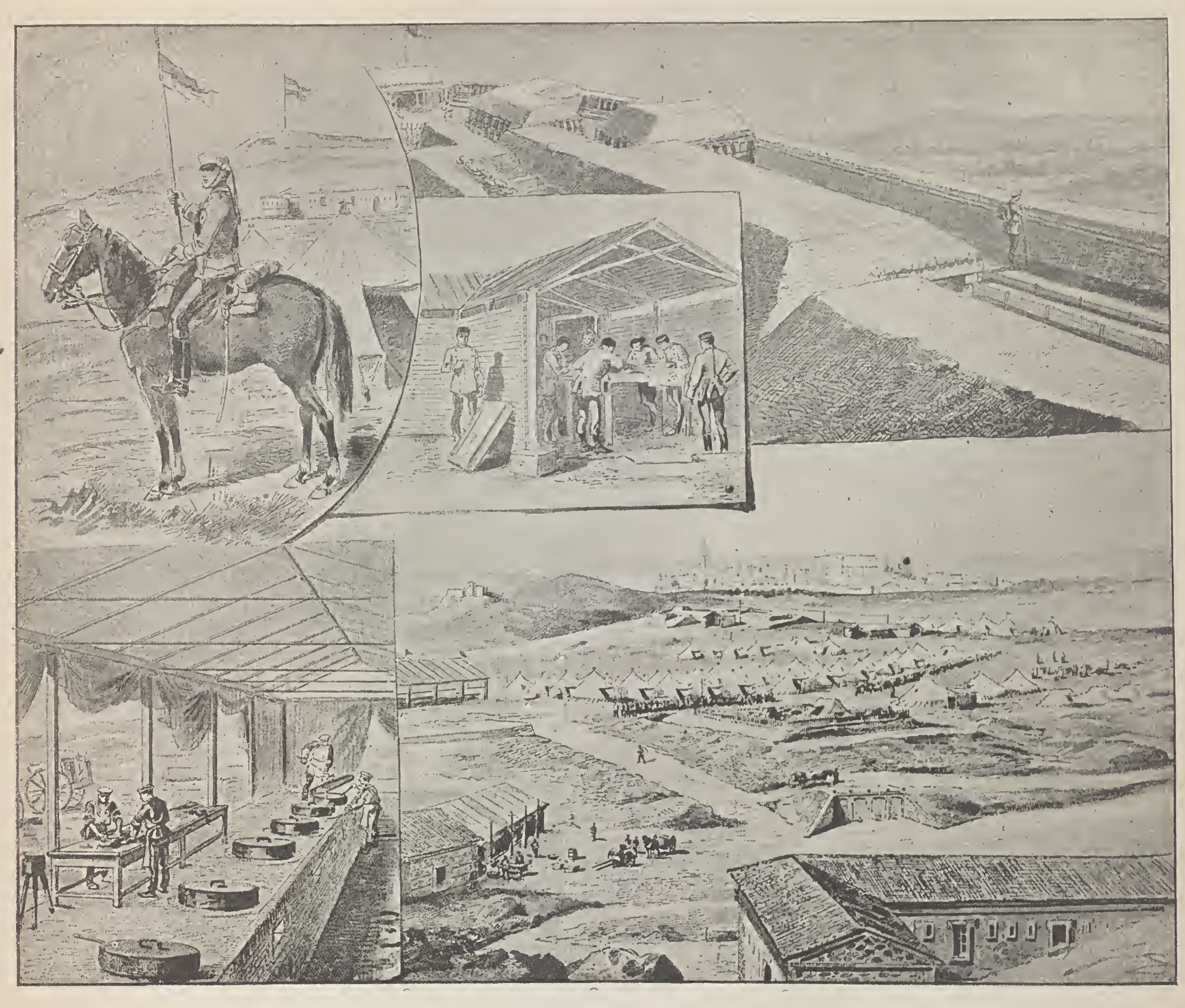
IV

UNA PROPOSICIÓN ORIGINAL

Por mucho platonismo y poesía que saturen unas relaciones amorosas, llega el momento crítico en que cae vaporoso velo que sirve de venda al romanticismo, y la realidad (llámese suegra) hace su aparición con los amenazadores preludios para el porvenir de los amantes.



¡ÚLTIMA HORA!, estatua en bronce de D. José Campeny, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891.)



PRÁCTICAS DE LOS ALUMNOS DE LA ACADEMIA GENERAL MILITAR DE TOLEDO (mayo, 1891), dibujos del natural de D. Nemesio Lagarde, profesor de la Academia.

1. Alumno de la sección de caballería. – 2. Barraca destinada á trabajos de gabinete. – 3. Vista del reducto número 1. – 4. Cocina. – 5. Vista general del campamento de los Alijares donde se ejecutaron las prácticas

Esto ocurrió precisamente á la enamorada pareja, que en medio de su abstracción y arrobamiento habíase olvidado por completo de las exigentes leyes de este pícaro mundo.

Doña Milagros se encargó de refrescarles la memoria acometiendo á Serafín de la manera que saben hacerlo las implacables autócratas del hogar doméstico.

Acorralado en sus últimas trincheras, decidióse nuestro héroe á dar el supremo paso, y al efecto, un día presentóse inopinadamente en el domicilio de su tío, y sin contestar apenas á las múltiples preguntas que éste, extrañando su visita, le hiciera, exclamó:

– ¡Tío, me caso!

Al oir esta frase dió un salto sobre la silla en que estaba sentado, y poniéndose repentinamente de pie repuso en tono semiserio, semicariñoso:

– ¿Chico, estás loco? ¿Con qué cuentas para ello?

Estas y otra multitud de reflexiones que á manera de avalancha profirió el sorprendido pariente, fueron contestadas con la valentía é impremeditación que en tales casos son las notas culminantes del estado de ánimo de quien aspira á crearse una familia.

– En resumidas cuentas, replicó D. Torcuato (así llamaremos al tío), ¿deseas que vaya á pedir la mano de Luisa á su madre? ¿No es eso?

– Efectivamente, contestó el sobrino.

– ¿Pero no consideras, mentecato, que los cinco mil reales con que cuentas en casa de D. Cosme no te bastan ni para empezar? ¡Creeme, sigue mi ejemplo, no te cases!

Pero Serafín Cazpitilla estaba lo suficiente enamorado para no oir consejos y sentencias, y sobre todo, ferviente partidario del conocido proverbio *contigo pan y cebolla*, estaba decidido á arrostrar todas las consecuencias que trae consigo el matrimonio, y por tanto excitó á su pariente para que sin perder momento fuera á hacer la demanda matrimonial. Aderezóse el complaciente D. Torcuato, y luego que hubo escuchado las últimas recomendaciones de su sobrino, se apresuró á ganar la calle tomando la dirección del domicilio de Doña Milagros, cuyas señas le había dado Serafín. Este, entretanto, se dispuso á esperar el regreso de su emisario.

No habían transcurrido apenas dos horas de la salida de D. Torcuato, cuando un fuerte campanillazo sacó bruscamente de sus reflexiones al que esperaba.

Apresuróse á abrir, y el físico sonriente de su tío le dió á entender, antes de que aquél profiriese palabra, el buen resultado de sus gestiones.

– Y bien: qué, ¿es cosa resuelta?

– ¡Poco á poco!, respondióle D. Torcuato al mismo tiempo que limpiaba con un interminable pañuelo de hierbas el sudor que abundante corría por su frente, y añadió:

– No es oro todo lo que reluce, ya juzgarás cuando te haya contado el resultado de mi visita.

Serafín comenzó á alarmarse al oir tan vaga especie, que parecía augurar algo desagradable, por lo que apremió á tu tío para que sin rodeos ni ambages lo sacase pronto de dudas.

Este comenzó diciendo:

– Aparte de la buena acogida que me hizo Doña Milagros y expuesto que hube el objeto de mi visita, contestóme que conocía las relaciones entre su hija y tú; que no se oponía en modo alguno á vuestra unión, por más que creía un deber de madre previsora y admiradora de las bellas letras, imponer una cláusula al contrato, una condición sin la cual era inútil que pensaras en unirte á Luisa.

– ¿Y esa condición?...

– Es tan original, que no te habrá pasado por la cabeza que cerebro humano haya fraguado otra semejante. Figúrate que á Doña Milagros se le ha metido en la mollera que para que te llames su yerno necesitas que de la noche á la mañana te conquistes un puesto entre los más aplaudidos autores dramáticos contemporáneos, ó lo que es lo mismo, que escribas y pongas en escena una obra que obtenga un éxito tal, que constituya para ti un timbre de gloria y la base de tu vida en el Parnaso español.

Al oir esta salida, que estaba tan lejos de esperar, Cazpitilla se puso densamente pálido.

El caso no era para menos.

Escribir un drama, una comedia, un sainete, cualquiera que tenga cierta dosis de osadía lo hace; mas luego entra la segunda parte, que no es otra que haya empresa que admita la producción y un público que la reciba con agrado, condiciones éstas que no se encuentran todos los días. Además Serafín no podía acordarse sin experimentar escalofríos de *La risa de Sesostris*, estrepitosamente silbada, y de sus compañeros víctimas como él de la implacable masa de la opinión pública, y cada vez que se entregaba á estos recuerdos, le parecían más monstruosas las condiciones de aquella mujer, fanática adoradora de la literatura.

Pero como para los enamorados hay también Providencia, no tardó Cazpitilla, cuando la calma hubo tomado posesión de su turbado cerebro, en adoptar un partido.

V

EL ÚLTIMO CARTUCHO

Completamente decidido á jugar el todo por el todo, se dijo para sí: los malos ratos mientras más pronto se pasen mejor, y eligiendo el pupitre de



VAQUEROS, cuadro de D. Baldomero Galofre. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1891.)

RECUERDOS, cuadro de D. Dionisio Baixeras. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barçelona de 1891.)



ANTES DE LAS REGATAS, dibujo de Percy Tarrant

casa de D. Cosme como cuartel general de sus elucubraciones literarias, dió principio á una comedia en tres actos, alternando entre cuartilla y cuartilla los asientos del Mayor.

Engolfado hallábase un día nuestro hombre en las últimas escenas de su obra, cuando cátate que entra el amo de los coloniales agitando en su mano un rollo de papeles y seguido á cierta distancia de un famélico personaje, cuyo demacrado semblante apenas adivinar dejaba la edad de su dueño.

D. Cosme con la voz balbuciente por la ira y antes que Cazpitilla pudiera dirigirle la menor frase, exclamó:

– ¡Sr. de Cazpitilla, está usted demás en mi casa; he aquí á su sucesor! Y al decir esto señalaba al enquencle sujeto, que parecía aspirar con delicia las emanaciones de aquel recinto.

Confuso y aturdido quedó Serafín ante aquel brusco é inesperado *exabrupto*. ¿Qué delito había cometido para que su principal lo arrojara de aquella manera de su casa?

Sus dudas no tardaron en disiparse, cuando Trompeta, colocando los papeles que traía ante la sorprendida mirada de Serafín, le preguntó con voz tonante:

– ¿Conoce usted estos papeluchos?

– ¡Mis escenas!, exclamó gozoso Serafín, arrebatando las cuartillas de manos de D. Cosme.

– Ha tenido usted, añadió éste, el valor de remitirlas á Santander en lugar de una factura de garbanzos. Ya le advertí en otra ocasión que si esto volvía á suceder saldría usted de aquí. No se puede ser al mismo tiempo tenedor de libros y poeta.

En vano procuró excusarse nuestro joven; D. Cosme se mostró inexorable con el reincidente, el cual no tuvo más remedio que dejar el puesto á su sucesor.

Satisfecho en parte por el hallazgo de las perdidas cuartillas y preocupado por otra con el porvenir que se le presentaba, salió Cazpitilla del establecimiento, viendo en todo esto un preludio de las desventuras que sembrarían el camino que la caprichosa y extravagante manía de su novia le trazara.

VI

BIEN VENGAS MAL...

Quince días después de estos sucesos podía leerse en la sección de espectáculos de algunos diarios de la corte el siguiente suelto:

«Esta noche tendrá lugar en el favorecido teatro de X... el estreno de una comedia en tres actos, que lleva por título el conocido proverbio *Bien vengas mal, etc.*, debido á la bien cortada pluma de un joven literato, cuyas obras son muy aplaudidas y celebradas en el mundo de la literatura.»

El joven y aplaudido escritor era nuestro héroe Cazpitilla, que había tenido buen cuidado en preparar previamente la opinión pública con las precedentes líneas.

La noche de la función presentaba un animado aspecto el teatro de X... Veíase en las primeras filas de butacas á todos ó casi todos los antiguos compañeros de penas y fatigas de Serafín, á quienes éste no había olvidado en el reparto de localidades.

En un palco se encontraban desde muy temprano la enorme personalidad de Doña Milagros y su interesante hija.

Doña Milagros no cesaba de charlar con una íntima amiga que la acompañaba, alzando la voz con el objeto de que los espectadores que á sus inmediaciones se encontraban supiesen que el autor de la comedia que aquella noche se estrenaba era nada menos que el futuro de su hija.

Y nuestro protagonista, ¿dónde se encontraba en aquel momento solemne en que su suerte iba á decidirse?

En el último rincón del escenario, en el hueco que formaban un bastidor de selva y un sillón de castillo feudal, alejado del bullicio de la sala y con las de Caín hallábase el autor esperando la sentencia de su auditorio.

A su lado y prestándole los auxilios espirituales, se encontraba uno de esos amigos oficiosos que nunca faltan en las grandes ocasiones de nuestra vida, máxime si pueden sacar alguna utilidad.

Empezó la representación: cada ruido que llegaba á los asustados oídos de Serafín le parecían otras tantas amenazas de muerte.

Su amigo no vacilaba en adelantarse á los primeros bastidores y volvía presto con la tranquilizadora frase: ¡La cosa marcha, chico! ¡El público ríe!... La Martinez está asombrosa en su papel de sonámbula.

Se escucha de nuevo un ruido sordo y Serafín no puede contenerse y exclama:

– ¡Estoy perdido!... ¡Patean!

Nueva salida del amigo, que no tarda en volver con la halagüeña noticia de que el ruido que tanto le atemorizó es la tormenta del acto segundo.

Narrar una por una las mil sensaciones que aquella noche experimentó nuestro héroe, sería cosa de nunca acabar; sólo diremos que contra los vaticinios de los amigos la obra obtuvo un éxito extraordinario, que á Cazpitilla lo sacaron más muerto que vivo hasta diez veces al palco escénico, y que Doña Milagros en su entusiasmo de suegra arrojó á su yerno una corona que había pertenecido á su difunto esposo, artista de zarzuela, y que presintiendo el *succès* llevó recatadamente al teatro.

Después llegaron los mil plácemes, los banquetes, los ofrecimientos de empresas, todo ese conjunto necesario é indispensable del triunfo y á los que Cazpitilla no pudo sustraerse.

EPILOGO

Cuatro meses después se celebraba la boda de los dos jóvenes, siendo padrinos el portero mayor, algo más reconciliado con el séptimo sacramento una vez que, contempló á su hermosa sobrina y la romántica Doña Milagros, que se proclamaba orgullosamente autora de aquel monumento.

Nuestro hombre labróse un nombre en la literatura dramática, y aquella obra, cuyo argumento era la reproducción fiel de su accidentada vida, tuvo un lugar preferente en su biblioteca.

ALEJANDRO BARBA

NUESTROS GRABADOS

El monumento de La Fontaine, inaugurado en Auteuil el 26 de julio último: obra de Dumilatre, estatuario; Ducrost, escultor decorador, y Frantz Jourdain, arquitecto. – Después de ocho años de perseverancia y esfuerzos, el comité que preside M. Sully-Prudhomme ha logrado elevar al inmortal fabulista un monumento digno de su genio. Sobre una columna de bronce de 4 metros y medio descansa el busto de La Fontaine; la gloria le corona y á su lado tiende su vuelo el genio de la sátira. En la cornisa de la columna está el cuervo teniendo en su pico el queso que la zorra astuta codicia; en la escalinata las dos palomas y el león que recuerda las más célebres fábulas; detrás la alondra escondida entre los trigos da sabios consejos á sus pequeñuelos.

El conjunto del monumento, al que con gran acierto ha dado el arquitecto el estilo de la época de Luis XIV, es armonioso y el lugar en que está emplazado poético como pocos.

***

Recuerdo de Marruecos, cuadro de D. Gonzalo Bilbao (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Digna representación ha tenido Gonzalo Bilbao, por medio de sus obras, en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. Dos géneros completamente distintos por el asunto y el procedimiento representaban su gran lienzo titulado *La vuelta al hato*, que ya hemos dado á conocer á nuestros lectores, y las cinco preciosas tablas en las que el artista reprodujo, como resultado de un viaje á Marruecos, tipos y costumbres de aquel pueblo tan digno de estudio y tan á propósito para que el pintor pueda dar muestra de hábil colorista. Torrentes de luz, viveza de tonos, líneas elegantes, pormenores delicadísimos y el sello de la variedad obsérvanse en los cinco preciosos estudios á que nos referimos. Justa estimamos la recompensa que ha merecido el que reproducimos y acertada la resolución del Ayuntamiento en adquirirlo con destino al ya importante Museo municipal de Bellas Artes.

***

Vistas de San Petersburgo. – El Almirantazgo, centro de la capital rusa, es el punto de partida de las tres principales vías de San Petersburgo, que son: *Nevski Prospect*, la *Gorojovaya* y la *Vosnesenski*.

En la primera se encuentra la plaza de Catalina, en donde se alzan entre otros magníficos edificios la Biblioteca pública, el teatro Alejandra y el palacio Anichkof, residencia del emperador, y en cuyo centro se ostenta el monumento de Catalina II, construído en 1873 según el proyecto de Mikieshin.

Contiguo al palacio de Anichkof hay el puente del mismo nombre sobre el canal Fontanka, en donde se admiran los cuatro grupos en bronce modelados por el barón Klodt von Jurgensburg, dos de los cuales reproducimos.

Del mismo escultor es la estatua ecuestre del emperador Nicolás que corona el monumento elevado en la plaza de Isaac, en el paseo de la Ascensión; este monumento, obra del arquitecto Monferrant, constructor de la iglesia de Isaac, es un verdadero *tour de force*, pues el caballo, lanzado al galope, se mantiene en equilibrio sobre los pies traseros sin ningún otro apoyo en el pedestal.

***

¡Última hora!, estatua en bronce de D. José Campeny, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y Compañía (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – La bonita escultura que reproducimos pertenece á ese variadísimo género de obras que Campeny produce, en las que se manifiesta su genialidad y buen gusto. De entre sus dedos y con los palillos, el barro adquiere forma para convertirse en un estudio académico, sentido ó inspirado, ó bien en esas figuritas donosas y elegantes, que parece pugnan algunas veces con la materia de que están formadas. Este empeño de Campeny obsérvase en muchas de sus obras, cual si el escultor tratara de hacer olvidar por un momento la grosera pesadez del barro ó del bronce. El precioso grupo de chiquillos jugando á *salta cabrillas*, que tantos elogios mereció de los inteligentes, el de mayor importancia titulado *El escándalo* y el que reproducimos, representando á un muchacho corriendo y voceando *La última hora*, en busca de compradores, demuestrán el empeño de este discreto escultor, cuyas obras revelan siempre cualidades y especiales aptitudes para cultivar un arte, que lo es por excelencia entre los que persiguen la belleza.

***

Prácticas de los alumnos de la Academia general militar de Toledo (mayo, 1891). **Dibujos del natural de D. Nemesio Lagarde, profesor de la Academia.** – A la galantería del Sr. Lagarde, distinguido profesor de la Academia de Toledo, debemos los dibujos que reproducimos y que representan varios detalles de las prácticas que los alumnos de aquélla verificaron en el campamento de la dehesa de los Alijares. Consistieron éstas en levantamiento de planos, reconocimientos, construcción de obras de campaña, establecimiento de líneas telegráficas, etc.; trabajos que llevaron á cabo los alumnos con aplicación, disciplina y entusiasmo, y que presenciaron el ministro de la Guerra y numerosos generales, jefes y oficiales de todas las armas é institutos.

Del buen resultado de tales prácticas es prueba la Real orden á raíz de las mismas publicada en el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, concebida en terminos encomiásticos y altamente honrosos para el director, jefes, profesores y alumnos de la Academia.

El día 23 se levantó el campamento, emprendiéndose la marcha por Almonacid, Villasequilla, Yepes, Ocaña y Aranjuez, donde S. M. la reina regente obsequió con un almuerzo á los expedicionarios, los cuales regresaron el 31 á Toledo para continuar los interrumpidos estudios.

***

Vaqueros. Regreso de la ganadería, cuadro de D. Baldomero Galofre (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Galofre, aunque pintor de la que pudiéramos llamar escuela moderna, y á mayor abundamiento determinadamente español, es apasionado de la realidad, pero embellecida y vigorizada por el arte y el ingenio.

Al igual de todos los que huyen de la vulgaridad ó de conocidos moldes, ha procurado tener carácter propio, y buscando en su patria y en cuanto le rodea, vive y se agita el medio de su acción, produce admirables cuadros de costumbres y tipos nacionales, que vienen á ser por su constante labor y no interrumpida producción la historia contemporánea pintoresca de nuestra patria.

A este género pertenece su lienzo *Los vaqueros*, expuesto y premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, y si bien no es la obra más genial de Galofre, contiene bellezas y detalles muy dignos de elogio.

***

Recuerdos, cuadro de D. Dionisio Baixeras (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Podrá no ser Baixeras representante, como artista, de la moderna escuela catalana; pero en cambio todas sus obras, á pesar del contagio transpirenaico que en ellas se observa, acusan mérito indiscutible y cualidades no comunes.

El cuadro titulado *Recuerdos* es uno de los que más honran á este joven pintor. La composición, la tonalidad, la hora y los pormenores todos se hallan perfectamente interpretados. El grupo de marineros recordando hechos y acontecimientos de su azarosa vida, sus trajes en los que las telas tienen calidad y las anclas que les sirven de banco están reproducidos con exactitud. No en balde ha sido escogido este lienzo para figurar en el naciente Museo municipal de Bellas Artes, y no en balde distingue el público inteligente á este joven artista, que en un período de tiempo relativamente breve ha logrado señalados triunfos por su laboriosidad é inteligencia.

***

Antes de las regatas, dibujo de Percy Tarrant. – El *sport* náutico puede decirse que ha alcanzado su apogeo, pues las regatas constituyen una de las principales y más aristocráticas diversiones de toda ciudad ó villa situada junto al mar ó que posea en sus inmediaciones algún río ó lago propio para la navegación de las pequeñas embarcaciones. El arte por otro lado ha venido á darles su sanción aprovechando como tema para elegantes composiciones tan interesante espectáculo.

De los ejercicios que una tripulación practica en su esquife ensayándose para las próximas regatas ha tomado asunto Percy Tarrant para el bellísimo dibujo que reproducimos, y aunque el *sport*, propiamente dicho, figura en éste como elemento secundario, el solo grupo de jóvenes, que ocultas en la enramada contemplan el ensayo, basta para hacer simpática la composición del notable artista.

***

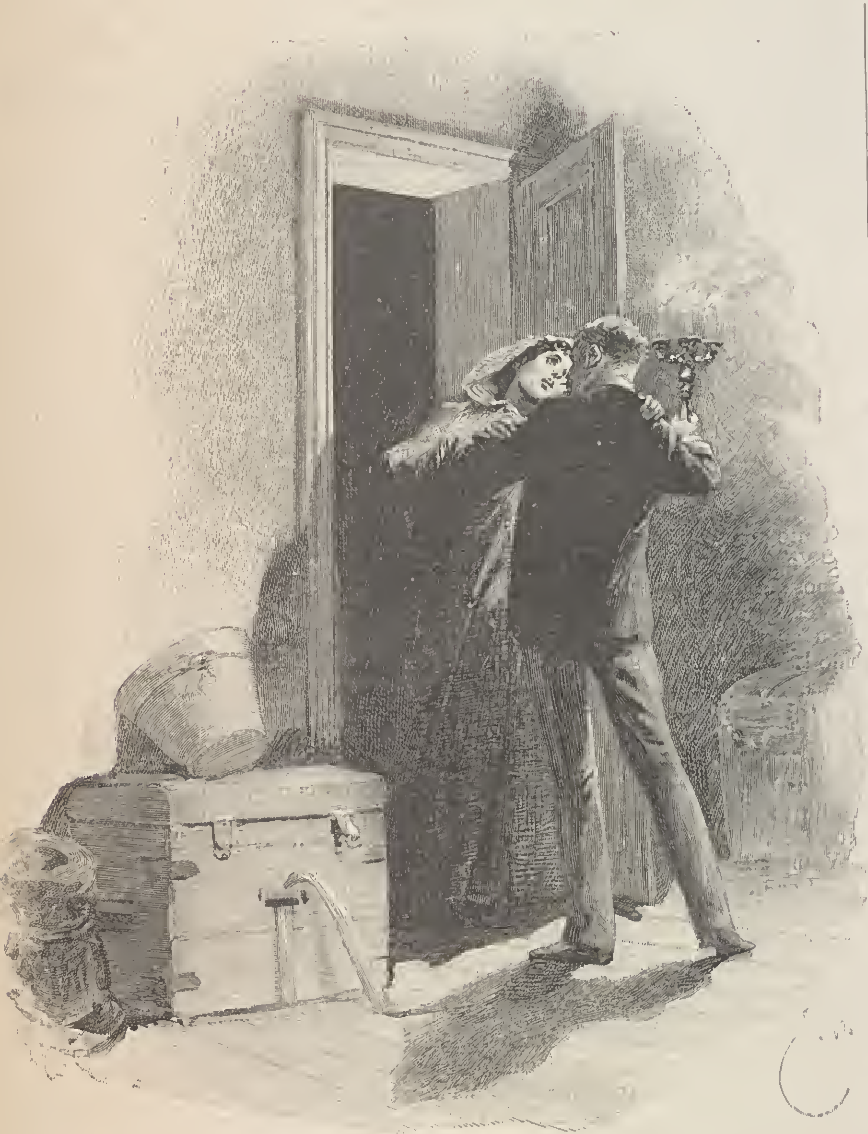
Barcelona. – Plaza de la Paz, cuadro de don Juan Roig Soler (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Ventajosamente conocido por sus producciones, goza ya Roig Soler de merecida reputación. Grato recuerdo conservamos de sus bonitas marinas y de los numerosos estudios que ha pintado, recuerdo de sus frecuentes excursiones por los pueblos de nuestro litoral. La playa de Sitjes y el barrio de pescadores de Villanueva hanle servido de motivo para producir bellísimos cuadros.

Su cuadro *Plaza de la Paz*, adquirido por nuestro Ayuntamiento para figurar en el Museo municipal de Bellas Artes, es un acabado y concienzudo estudio, que demuestra las cualidades asimilativas del Sr. Roig Soler, así como la brillantísima gama de su paleta, propia y exclusiva de este artista, cuyas obras no pueden nunca confundirse por el sello especial que las distingue.

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)



Gilberto abrió presuroso... Una mujer cayó desfallecida en sus brazos...

Las noticias de la señorita de Sainte-Severe eran muy exactas: cierto día anunció que el conde de Bagrassand, rompiendo con sus antiguas costumbres, consentía en ir á establecerse en París, lo cual juzgaba necesario para la instrucción de los niños; y pocos días después, Gilberto supo que se le había inducido á comprar de nuevo el palacio de la calle de Babilonia, cualquiera que fuese su precio, pues nada era imposible para aquella fortuna enorme que vencía todos los obstáculos. Bastaba que la vizcondesa indicase un deseo para que se realizara al punto, y todos sus caprichos quedaban satisfechos. Por último, habíase procedido á la redacción del contrato, en virtud del cual el conde doblaba las anteriores ventajas, cediendo ahora cuatro millones á la vizcondesa de Cabrol. Ante estas confidencias, Gilberto se sintió agobiado por el sentimiento de su impotencia, bajo el peso de aquella fortuna que aniquilaba sus últimas esperanzas.

La señorita de Sainte-Severe parecía mostrarse indiferente á tan deslumbradora riqueza y hablaba de los millones con la mayor naturalidad sin manifestar envidia. No era esta fortuna lo que ella deseaba, sino el bienestar que permitía á Gilberto vivir independiente; y sin decírselo á él, dábalo á entender bastante. Mientras se paseaba con Maujeán en su jardín, elogiando su pequeña casa, dirigía á todos los objetos miradas codiciosas, pronunciando frases entusiastas en que se revelaba su pensamiento íntimo.

Gilberto vió á la institutriz la víspera misma del día en que debía celebrarse el casamiento. Había resuelto alejarse, volver á Roma; pero quiso aguardar hasta lo último, aunque decidido á marchar, no pudiendo resolverse de una vez, como si aún esperase un imposible.

— Todo está preparado, díjole la señorita de Sainte-Severe; la ceremonia se celebrará en el castillo de Mareuil, en el gran salón, y la marquesa confía en poder bajar á presenciarla. El alcalde, que es uno de sus colonos, no puede rehusarle nada, y el notario se ha trasladado á Mareuil para la firma del contrato. Ha ocurrido una cosa que yo no comprendo, y es que el castillo, del cual se tenía solamente el usufructo, no perteneciendo ya á la familia á causa de estar sobrecargado de hipotecas á la muerte del vizconde, figura de nuevo en el contrato como donativo de la marquesa... En fin, volviendo á lo que decía, la ceremonia se verificará en el salón y en seguida irán á la iglesia... El sacerdote Souchón prepara su discurso. ¡Calcule usted si estarán de enhorabuena las genealogías de las dos familias! ¡Ah!, exclamó deteniéndose de pronto. ¿Ha comenzado usted ya sus preparativos de marcha?

Al hacer esta pregunta, la señorita de Sainte-Severe fijaba sus miradas en el gabinete de Gilberto, donde se veían cofres entreabiertos, llenos de ropas y de libros. Después de un rato de contemplarlos en silencio, exclamó con triste sonrisa:

— ¡Cuánto los envidio!...

Y diciendo esto se encaminó al sitio donde la esperaba el coche.

— ¡Vamos, buen viaje, señor Maujeán!... Tal vez nos volveremos á ver en el gran mundo.

Y ofrecióle de nuevo la mano, fijando en él la misma mirada compasiva; pero Gilberto no quería, no podía comprenderla.

Un momento después vió desaparecer el coche que conducía á la señorita de Sainte-Severe, atestado de las provisiones que habían ido á buscar á la ciudad para el festín, para el gran banquete de boda del día siguiente. La materialidad misma de aquellos objetos le convenció de que ya sería inútil esperar; era forzoso adoptar un partido, alejarse de Chatillón.

XI

La noche comenzaba á cerrar, y Gilberto entró en su casa para hacer los preparativos de viaje. Apenas tocó la comida, que como de costumbre le habían llevado de la posada inmediata, y empujó hasta un rincón la mesa tal como estaba servida.

Después paseó de un lado á otro, entregado á sus reflexiones; de vez en cuando dejábase caer en el sofá y volvía á levantarse casi al punto, poseído de una agitación febril que no le permitía el reposo. Y el tiempo pasaba; las bujías lucían en sus candelabros con llama vacilante. ¡Qué noche! Parecíale que en aquellas pocas horas se había concentrado toda su vida de los años transcurridos; y aleccionado por su propia experiencia, imaginóse que al fin iba á resolver un enigma, un problema de psicología social, la razón de ser, la legitimidad de las castas.

¡Ah! ¡Cómo defendían su posición aquellos á quienes él había creído tan bien dispuestos á recibirle en su seno! Y una vez en la ciudadela, ¡cómo rechazaban la escala con el pie, y qué compactos se mantenían, celosos de sus privilegios, de sus títulos y de esas partículas que ya á nada conducían...

¡A nada! ¿Era efectivamente así?... ¿No sería la falta de un nombre con título lo que á pesar de las protestas de Blanca había sido el principal obstáculo para que ésta le aceptara? No cabía, pues, decir que esto no conducía á nada... Los menos afortunados de esos elegidos, aquellos á quienes su situación debiera vendar los ojos, lo comprendían tan bien, que se mostraban los más intratables. La condesa de Chalieu, aun siendo tan pobre como era, considerábase muy superior á él, que no parecía existir siquiera para las señoras de Preville y de Tertre. Por otra parte, ¿no se había separado de su sociedad al no participar de sus preocupaciones? Es preciso aceptarlo todo del partido á que uno pertenece; pero él hacía sus reservas... ¡Cómo se habían aprovechado de esto! ¡Aquellas santas mujeres que le admitieron benévolas como amante de la vizcondesa, cuando se creyeron autorizadas á ello por las apariencias, no habían podido tolerar la idea de que llegase á ser esposo legítimo de Blanca de Cabrol!

Olvidaba, á decir verdad, á la señorita de Sainte Severe, ajena á tales supersticiones; pero ésta era una tránsfuga que había desertado de los suyos. De modo que también se contaban excepciones, pues lo mismo podía decirse de la anciana marquesa de la Fonfreyde... Llegada á cierta edad, prescindía de todas esas fútiles distinciones; sólo ella era razonable, y por eso la tachaban de loca.

Reflexionando así, recordó particularidades en que no se fijara en otro tiempo. En la sociedad en que tan bien se le recibía, tratábasele, á su modo de ver, con cierta cortesía exagerada, dispensándosele consideraciones demasiado atentas, jamás solicitadas por él; y esto se hacía sin duda para trazar una línea divisoria é impedir la familiaridad. Gilberto pensaba en el conde de Bagrassand, que á pesar de haberse mostrado tan amigo y tan amable, siempre observó con él formas de la más refinada cortesía, tanto que con frecuencia pensó decirle: «¡Cuánto le agradecería, señor conde, que no fuese usted tan atento conmigo!... No lo era tanto con Pedro y los otros.»

Pedro de Cabrol, sin embargo, ¿no había sido para él un verdadero amigo, entusiasta, cariñoso y sin altivez, siempre leal y generoso?... Esta era otra excepción, que le prohibía englobar á todos en la misma censura de insoportable orgullo.

¿Qué tenían para justificar tal pretensión?... ¿Sus tradiciones? Estas podían perderse, pues los que abandonan la familia y caen en la miseria no las conservan... ¿Su educación, su tono de buena sociedad? ¡Bah! Esto se adquiere, y á Gilberto le parecía haberlo adquirido. Sin embargo, le rechazaban, á él, su defensor, que pensaba como ellos...

Así, poco á poco, una sorda cólera invadía su corazón. La sangre de los Maujeán, aquella sangre plebeya y celosa de la igualdad, hervía en sus venas y se rebelaba. No obstante, á pesar de indignarse contra ellos, no tenía en su interior ninguna censura contra la mujer á quien hubiera debido agobiar con su cólera. Blanca era la que le abandonaba, la que más cruelmente le había arrojado á la humildad de su cuna, y sin embargo no tenía fuerza para encolerizarse con ella. Parecíale tan natural que quisiese conservar su categoría en la sociedad, y de tal modo veía en la vizcondesa la expresión y el tipo de aquélla, que su abandono se convertía en una especie de virtud de estado y en un mérito.



Entonces, arrodillado delante de ella y fija su ardiente mirada en aquel rostro que recobraba poco á poco sus colores...

El corazón de Maujeán se irritaba contra tal felonía y á cada instante avivábase más su dolorosa llaga; pero todo en vano. Blanca era para él como esos niños irresponsables y con exceso queridos, á quienes no se puede menos de perdonar el daño que hacen.

Solamente el amor, ese salvaje instinto de la naturaleza, rompía algunas veces los cuadros de la sociedad escogida de que la vizcondesa formaba parte; elevaba á los unos y precipitaba á los otros; pero el amor de Blanca no había llegado á este punto y era excusable. Las grandes pasiones no se producen tal vez en esas altas esferas, ó por lo menos son raras, considerándose como un indicio de innoble cuna, como señal de ordinaria y baja estirpe, en la que reaparece la primitiva impetuosidad. La vizcondesa era de una raza escogida, refinada, algo fría y que no conoce esos arrebatos. Siempre fué para él, á pesar de su ternura, la vizcondesa de Cabrol; ahora era, ó sería dentro de algunas horas, la condesa de Bagrassand. Entretanto, él partiría para volver á la obscuridad, para que nada perturbase, empañara ni disminuyese la felicidad de que iba á disfrutar, la brillante restauración que el conde le preparaba.

Y cuando pensaba en ellos, representándoselos cogidos del brazo, horribles visiones cruzaban por su mente y parecíale que el aguijón de los celos le desgarraba el corazón. ¡Sin embargo, si él hubiese querido!... De repente se levantó y comenzó á dar vueltas por su habitación con ademanes furiosos.

¡Sí, si él hubiese querido, si no la hubiera respetado aquel día en su aposento, cuando perdían la razón!... Habría quedado unida con él para siempre, sin posibilidad de remediar lo hecho... ¡Para siempre! ¿Quién sabe?... Tal vez tendría sobre este punto los mismos escrúpulos que la señora de Chalieu y las otras; tal vez considerándole suficiente como amante, no le habría creído, ni aun después de su falta, bastante elevado para ser su esposo.

En medio de estas reflexiones, extrañas ideas se agolpaban á su pensamiento, ideas novelescas de una imaginación infantil, que no podía rechazar y que se complacía en seguir ingenuamente, dejándolas desarrollarse como para buscar consuelo á su desgracia. Parecíale ver á Blanca al día siguiente en el salón de Mareuil, frente al señor alcalde, cuando éste hiciera la pregunta sacramental: «¿Consiente usted en tomar por esposo...?» Veíala levantarse pálida, resuelta y contestar con un enérgico «¡no!» Seguíase á esta escena profundo silencio y el asombro de los convidados, que se miraban entre sí... O bien por la noche en su habitación, cuando el conde se arrodillara ante ella, decirle con tono resuelto: «No se acerque usted á mí, caballero, ó de lo contrario me daré muerte...» Y blandía un puñal, ó un frasquito de veneno... ¡En fin, locuras!

Muchas horas hacía que Gilberto se entregaba á estos pensamientos; el reloj señalaba las dos; las bujías de los candelabros estaban medio consumidas, y á su alrededor, en aquella casa deshabitada y en aquel camino desierto, reinaba un silencio profundo, la tranquilidad de las cosas que dormitan. Al mirar por la ventana, creyó al pronto que comenzaba á rayar el día, pero eran los rayos de la luna que blanqueaban en aquel instante los macizos de árboles del jardín. Sintiéndose rendido de fatiga, volvió á sentarse en el canapé, en demanda de descanso.

¿Se había dormido? De improviso, en medio de aquel triste silencio, la puerta del jardín, que él no cerraba nunca, abrióse bruscamente, y en seguida se oyó como el paso rápido de una persona que cruzase los caminales. ¿Quién venía? La idea de una desgracia cruzó por su mente; pero en el mismo instante experimentó una alegría inmensa, en la cual no podía creer, y que era como la continuación de sus sueños novelescos de antes. Corrió al vestíbulo y pudo oir entonces un ligero ruido, como el que produce una mano que busca á tientas la campanilla ó la aldaba de la puerta.

Gilberto abrió presuroso... Una mujer cayó desfallecida en sus brazos, dejando escapar sollozos que ahogaban su voz.

– ¡Blanca!, exclamó... ¿Es posible? ¿Es usted realmente?

La vizcondesa no podía contestar; su cabeza se inclinaba tan pronto á un lado como á otro, porque perdía el conocimiento. Gilberto la sostuvo en sus brazos, condújola al canapé, y allí permaneció la vizcondesa inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás sobre el respaldo, con los ojos medio cerrados y muy pálida.

– ¡Dios mío!, exclamó Gilberto. ¿Qué tiene usted, qué ocurre?

Blanca halló en su dolor fuerzas para sonreirse, é hizo con la mano una señal indicando á Gilberto que esperase hasta que pasara aquella debilidad para explicarse.

Entonces, arrodillado delante de ella y fija su ardiente mirada en aquel rostro que recobraba poco á poco sus colores, comenzó á meditar cómo era posible que la vizcondesa se hallase allí; que aquella mujer cuyo casamiento debía efectuarse dentro de pocas horas, estuviera en su casa, bajo su mismo techo y en sus brazos. Gilberto preguntaba con dulzura, temiendo que hubiese ocurrido algún drama en Mareuil ó en la Rivoironne, ó que algo terrible la hubiera obligado á marchar. Blanca sonreía, moviendo la cabeza. No, nada de esto había sucedido.

Por fin se incorporó, mirando á su alrededor con curiosidad.

– ¡Ah!, exclamó. ¿Ya tiene usted preparado su equipaje? ¿Decididamente se marcha? ¡Pues bien: haremos el viaje juntos!

Gilberto se puso en pie al oir estas palabras.

– ¡Oh, Blanca, Blanca!, exclamó. ¿Qué dice usted? ¡Marchar juntos!... ¿He oído bien? ¿No es la fiebre ó el delirio lo que la induce á decir eso?

– No, contestó la vizcondesa; no estoy loca... Tal vez lo estaba hace un mes, cuando me engañé á mí misma... ¡Cálmese usted, siéntese junto á mí y lo sabrá todo!

Hízolo así Gilberto, con el corazón palpitante, y volvió á interrogar á Blanca.

– ¿Ha huído usted, pues, de Mareuil?

– Sí.

– ¿Sola, á pie... de noche?

– ¡Sola, sí, á pie, de noche!...

– ¿Y sin decir nada, sin avisar á nadie?

– ¡Sin advertirlo á nadie! He querido dar un paso decisivo... cortarme la retirada, y ya está hecho...

Gilberto se arrodilló de nuevo, y cogiendo las manos de la condesa, besólas apasionadamente.

– ¡Hable usted, dijo; yo la adoro con locura! ¡Jamás la he amado tanto como en estos felices momentos!

– Ya lo sé, contestó Blanca; estoy segura de ello... ¿Qué desea usted saber? Vamos á marchar, á poner la frontera entre Mareuil y nosotros. Nos casaremos en el extranjero... ¿No le digo á usted bastante con esto?

Su ánimo, fijo en esta resolución, no parecía poder ocuparse de otra cosa; todo lo demás tenía poca importancia para ella. Recomendaba á Gilberto la calma, y sentíala ella misma, en la exaltación de sus pensamientos, con los nervios sobrexcitados.

– No se inquiete usted por nada, dijo, pues todo lo he previsto. Mi equipaje estará aquí muy pronto, apenas raye el día, pues ya lo tenía preparado para el viaje de boda, y solamente me faltaba cerrar los cofres. También traerán á los niños... Ya comprenderá usted que no podía abandonar á Guy y Juana... No careceremos de cosa alguna; yo no necesito nada...

Y añadió con una sonrisa:

– Los millones del conde me han infundido temor...

Poco á poco, la vizcondesa se tranquilizaba, expresábase con más calma, y consintió en dar las explicaciones que se le pedían.

– ¿No comprende usted, dijo, lo que ha pasado en mí? Hasta el último instante vacilé, luché... y vacilaba aún cuando le vi á usted en la «estación del descanso.» Todas las razones, las malas razones que le dí á usted, me habían convencido al fin... ¡Me opuso usted tan pocas objeciones!... Y los días pasaban, y yo dejé que las cosas siguieran su curso... Pero hoy, esta tarde, esta noche, cuando vi que todo había concluído... que todo estaba dispuesto... el salón arreglado para la ceremonia de mañana... no sé lo que sentí... Acababa



... y en su consecuencia, introdujo una carta por debajo de la puerta.



... y sirvió él mismo á Blanca, que devoró, sonriendo, cuanto le ponía delante

de entrar en mi habitación, hallábame sola, no me había acostado, y en aquel silencio profundo comencé á pensar... ¡Sí, á pensar en usted, á quien iba á perder para siempre!... ¡Ah! ¡Con qué fuerza estaba arraigado en mí este amor que nos enlaza! ¡Cómo se infiltraba en mi corazón por todas las fibras! Jamás le dije á usted nada; mas ahora le confieso que ya en París le sentí nacer... su marcha me lo descubrió todo: que usted me amaba y que yo estaba dispuesta á corresponderle... Después... aquí, cuando fué preciso volver á Mareuil, en mis horas de ocio, aún pensaba en usted y acabé por no pensar en otra cosa... ¡Al fin volví á verle!... Entonces pude conocerle mejor, apreciar bien hasta qué punto se diferenciaba de otros y comprender el carácter de usted que me domina por el talento, y que en la larga intimidad de un año me ha revelado usted todo un mundo para mí hasta entonces desconocido. ¡Yo, que le amo y admiro, iba á perderle para siempre y en muy pocas horas!... A medida que el tiempo pasaba invadíame un terror invencible y llegué á temer al conde. Veíale entrar al día siguiente en Mareuil y después en mi aposento... parecía que las paredes del castillo, desplomándose sobre mí, me sofocaban, y pensé que mientras sintiera su peso no tendría valor para contestar con un no... No temía ya la pobreza para mí ni para mis hijos. ¡Pobres digo!... No lo serán, gracias á la marquesa, que ha rehecho nuestra fortuna. La propiedad de Mareuil nos ha sido restituída libre de toda carga, y por lo tanto sin molestar á nadie podía seguir mi inclinación, vivir con usted de la manera que yo he soñado... Al pensar esto, quise acabar de una vez, huir de allí al punto, correr en busca de usted... Si hubiese esperado la aurora, seguramente no habría partido... habría sido cobarde... y por eso emprendí la fuga.

– Pero ¿por qué prodigio ha podido usted salir de allí?

– Verdaderamente se puede llamar prodigio, pues cuando salí de mi habitación era tarde, muy tarde... En medio de la fiebre que me abrasaba, conservé sin embargo bastante lucidez de espíritu para pensar en todos los detalles y hallábame poseída de cierta exaltación. No me era posible dar orden para que enganchasen, ni tampoco llevarme los niños que estaban acostados, pues la señorita de Sainte-Severe dormía en el aposento inmediato y no quería confiarle mis proyectos; pero podía servirme sin conocerlos...

Blanca entró aquí en algunos detalles para explicar á Gilberto lo que había imaginado á fin de que Guy y Juana pudieran reunirse con ella. Tenía costumbre de no despertar á la señorita de Sainte-Severe después de retirarse ésta á su habitación y de comunicarle sus órdenes por escrito, y en su consecuencia introdujo una carta por debajo de la puerta. En pocas palabras rogaba á la institutriz que apenas amaneciera enviara su equipaje á la estación de Chatillón, dando orden para que el coche se detuviera delante de la casa de Gilberto, para un encargo que le había confiado. Añadíale que todo esto había sido convenido ya con el conde para facilitar la marcha al día siguiente, y recomendábale también que con el coche fueran Guy y Blanca, distracción que les agrababa mucho y de la cual no se atrevería á privarles la institutriz. Los cofres estaban en el vestíbulo y se los llevarían sin entrar en su cuarto, donde nadie penetraba mientras Blanca no llamase. Cuando la señorita de Sainte-Severe marchase con los niños, creería que la vizcondesa no estaba levantada aún.

– Dispuesto así todo, continuó Blanca, me encaminé á obscuras hacia la escalera grande, atravesando los corredores, y llegué al pórtico... En el patio, los perros gruñeron, pero callároпse al reconocerme... La verja estaba cerrada y me fué preciso dar la vuelta al castillo y atravesar el jardín... Recordé que en un sitio la cerca se había derrumbado en parte y al fin lo encontré... No hubo más remedio que arrastrarme sobre la hierba y mi vestido se desgarró entre los matorrales en el momento de salir fuera. Una vez en el camino, emprendí la marcha apresuradamente... ¡Ah! ¡Qué largo me pareció este camino que había recorrido con tanta frecuencia! Se me figuraba oir rumor de pasos que me perseguían, ver personas apostadas en cada matorral, y cuando al fin divisé las luces de la ciudad y reconocí la puerta de la casa de usted, consideréme feliz, libre, salvada; pero entonces me estremecí al pensar que tal vez se habría marchado ya... Y al verle, sobrecogióme el desfallecimiento. Ahora es preciso huir, y esto cuanto antes... No quiero ver más al conde...

– Pero, repuso Gilberto, cuando noten la ausencia de usted, creerán que ha ocurrido alguna desgracia, y la marquesa...

– Ya he pensado en ello y por eso he dejado una esquelita sobre mi velador... ¡No hay cuidado; no me guardará rencor por eso! En mi carta le suplico que me excuse con el conde y ella sabrá arreglarlo todo. Además le prometo que apenas sea posible volveremos á reunirnos con ella...

– ¿Y ha hecho usted todo eso por mí?, preguntó Gilberto.

Y arrodillado aún ante Blanca, comenzó á besar de nuevo sus manos; mientras ella, cogiendo su cabeza en el impulso de su pasión, apoyóla sobre su seno; Gilberto levantó un poco la frente y sus labios se tocaron y unieron.

¡Bien podía ahora oprimir contra su corazón, estrechar y acariciar á la mujer tan ardientemente deseada desde hacía tanto tiempo! El amor que Blanca acababa de confesar, más grande de lo que él podía haber soñado, centuplicaba su propia ternura. En aquel momento sentíase capaz de hacerla olvidar cuanto abandonaba por él, los millones, el título y su sociedad, y así se lo decía. Blanca le había comunicado su ardimiento; aceptaba la idea de aquella fuga, semejante á un rapto, y hallábase dispuesto á seguirla. Seducíala sobre todo aquella calaverada, aquel capricho de mujer, que defraudando todas las esperanzas del conde en el último instante, cuando todo estaba preparado para su casamiento, huía á pie, de noche, sin llevarse nada. Y contemplaba las manchas que la hierba había dejado en su vestido, los rasguños que las espinas habían inferido en sus manos delicadas al cruzar la cerca... ¡Blanca, la vizcondesa de Cabrol, había sufrido todo esto para ir á decirle que le amaba, que no amaba á nadie sino á él y que iban á marchar juntos para casarse!... ¡Al fin sería su esposo!

Los dos seguían abrazados, poseídos de la misma embriaguez, dejando volar su pensamiento en esos mil sueños de sensaciones felices de que en breve podrían disfrutar. Seguros de una felicidad á que ya tocaban y que solamente de ellos dependía, ni aun pensaron en la solicitación de sus sentidos, que por su misma embriaguez sumíales en un letargo delicioso y enervante que aniquilaba la energía de sus almas. Con las manos convulsivamente cogidas, permanecían silenciosos, contemplando á través de los vidrios la pálida luz de la aurora naciente, que les llevaba la felicidad.

Muy pronto penetró en la habitación la luz alegre del día, y hubiérase dicho que con las últimas sombras desvanecíanse la pesadilla, las malas inteligencias que durante tan largo tiempo les tuvieron separados; sus esperanzas juveniles despertábanse con los tenues albores matutinos y la alegría dilataba sus corazones.

– Los niños no pueden tardar... dijo Blanca.

Y fué á mirar por la ventana. Después, para distraer su impaciencia, comenzó á pasear por la habitación, cruzando entre los cofres y muebles y hablando sin ilación sobre las últimas medidas que se debían adoptar para el viaje... Al fin se detuvo ante la mesa aún servida y contemplóla sonriendo.

– ¡Qué vergüenza, exclamó, debo confesar que tengo hambre!... No he comido nada en todo el día de ayer...

Gilberto adelantó una silla presuroso y sirvió él mismo á Blanca, que devoró, sonriendo, cuanto le ponía delante. No dejaba de ser curioso aquel apetito en medio de las zozobras que debían inquietarla.

Cuando hubo concluído, volvió á pasearse por la estancia con paso febril, dirigiéndose á menudo á la ventana para escuchar los más leves rumores y muy pronto dió señales de impaciencia. Gilberto se esforzó para tranquilizarla, pero él mismo estaba inquieto. De repente oyóse el ruido de un carruaje; los dos se precipitaron hacia la puerta y divisaron el landó de la marquesa; mas llegados al camino, solamente vieron en él á la señorita de Sainte-Severe, que acababa de apearse.

– ¿Y Guy y Juana?... preguntó Blanca.

– Se han quedado en el castillo; el conde de Bagrassand no ha permitido que vengan.

– ¡El conde de Bagrassand! ¿Con qué derecho?

– ¡Dios mío, señora, se ha de tener en cuenta que es su tutor y que tiene alguna autoridad sobre ellos!... En tales condiciones, he creído de mi deber obedecerle.

(Continuará)



SECCIÓN CIENTÍFICA

EL HERRERO EN 1791

Nuestra época ha presenciado en el transcurso de los últimos cincuenta años una serie de transformaciones que han afectado profundamente á las grandes



Fig. 1. Instalación de una fragua catalana

industrias. Los procedimientos de fabricación, hasta entonces poco menos que estacionarios, han sufrido una modificación completa cuando á ellos se han aplicado los datos resultantes de los recientes descubrimientos científicos y de los progresos de toda especie de que éstos han sido punto de partida. El material empleado se ha transformado también rápidamente cuando la industria ha podido disponer de máquinas poderosas muy superiores á las anteriormente conocidas y capaces de ejecutar á menudo de una manera automática labores delicadas y de gran precisión que parecían exclusivamente reservadas á la mano del hombre.

Esta transformación casi súbita y sin embargo tan importante, que imprime á nuestra época su carácter especial es sensible sobre todo en las grandes industrias primordiales, como la agricultura y la metalurgia, cuyos materiales y procedimientos habíanse conservado casi sin alteración alguna al través de los siglos.

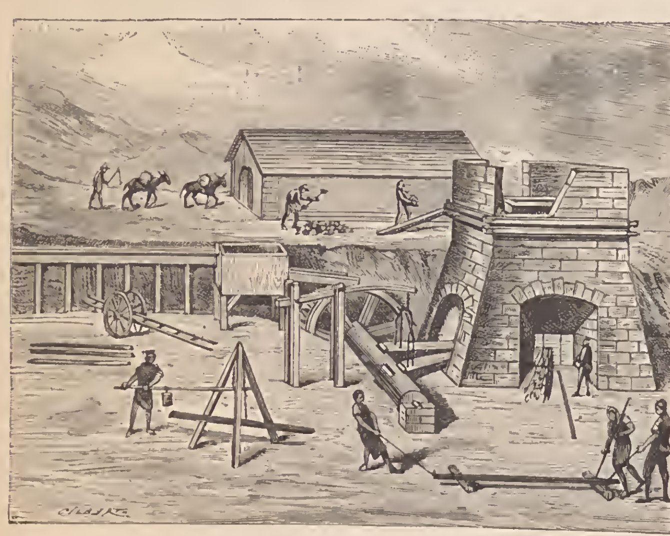


Fig. 2. Alto horno antiguo para carbón vegetal

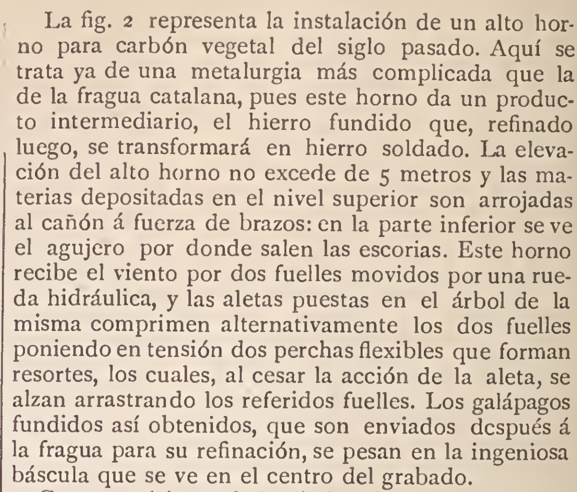
El arado de los romanos, *aratrum*, en cierto modo asociado á la historia de este pueblo agrícola y guerrero, la hoz y el mayal que encontramos también en las leyendas y ceremonias religiosas de la mayoría de los pueblos, casi todos los útiles de agricultura, en una palabra, han llegado á nosotros tales como nuestros remotos antepasados los conocieran y sólo en nuestros días el antiguo arado se transforma para dar paso á instrumentos de tipo distinto que, por decirlo así, no tienen de común con él otra cosa que el nombre. Del mismo modo la hoz se va perfeccionando hasta llegar á la máquina segadora que, si es preciso, se encarga de atar en gavillas las cañas y las espigas que su cuchilla derriba; el mayal, por su parte, cede su puesto á las trilladoras mecánicas de diversos tipos, movidas por caballos ó por el va por y de una potencia infinitamente superior á la de aquél.

Los mismos cambios encontramos en la metalurgia, pues no cabe establecer una comparación, por ejemplo, entre los pequeños hornos alimentados por las corrientes de aire naturales y á veces por fuelles de cuero, y estos grandes hornos de la industria moderna cuya altura excede en algunos de 15 metros, que están provistos de sopladores potentes y de aparatos regeneradores de calor y que pueden producir diariamente de 2 á 300 toneladas de metal, sobrepujando de esta suerte en un día lo que los antiguos hornos producían en muchos años.

La transformación es tan completa, que con ser casi contemporáneos nuestros aquellos procedimientos, se nos presentan hoy ya como una evocación de tiempos remotos y apenas podemos convencernos de que nuestros antepasados hayan podido contentarse con ellos sólo algunas generaciones antes de nosotros.

Pero sea de ello lo que fuere, esa comparación de procedimientos de fabricación de la metalurgia á un siglo de distancia presenta un interés excepcional. Un distinguido ingeniero francés, M. Hallopeau, hizo de este asunto, cuando la última Exposición universal de París, tema para una conferencia notable y justamente aplaudida. Esta conferencia, en la que comparó la situación, el material y los procedimientos del her ro en 1789 y en 1889, acaba de ver la luz acompañada de grabados altamente curiosos que el autor ha reproducido tomándolos de los tratados de metalurgia del siglo pasado, especialmente de la obra del marqués de Courtivron y de M. Bouchu, editada en 1768 con el título de *Arte de forja*, y de los estudios sobre el arte de fabricar el hierro publicados en 1775 por Mauricio Grignon, sabio herrero de la Champaña. Creemos que interesará á nuestros lectores la reproducción de algunos de esos grabados que les permitirán hacer por sí mismos esa sorprendente comparación sobre la transformación capital que las herramientas de herrería han sufrido en el transcurso de un siglo.

La fig. 1 representa la instalación de conjunto de una fragua catalana: á la derecha se ve el martinete que servía para forjar la masa de hierro sin colar que se extraía del bajo hogar: este martinete funcionaba movido por una rueda hidráulica cuyo eje llevaba unas aletas que alternativamente levantaban y dejaban caer el martillo, apoyando sobre el brazo opuesto de la palanca. En el centro se ve el hogar propiamente dicho, cuya cara posterior estaba formada por un pequeño tabique que protegía el fuelle, constituído por un aparato de los más primitivos, llamado trompa, cuya invención, realizada en Italia, no remonta más allá de 1650: era una especie de cubo colocado boca abajo, al que se hacía llegar una corriente mixta de aire y de agua conducida por un tubo hueco formado generalmente por un simple tronco de árbol con unos agujeritos en su corteza, por los cuales se atraía el aire arrastrado por la corriente de agua tomada de un arroyo vecino. El aire se acumulaba en el depósito inferior y desembocaba en el bajo hogar por dos conductos llamados toberas. Con tan sencilla instalación sabido es que se obtenía el hierro directamente, sin pasar por el intermediario la fundición, pero era á costa de un trabajo largo y dispendioso en el que se consumía un peso de combustible más de tres veces mayor que del hierro obtenido. Como los productos así preparados eran por regla general de calidad superior, ha podido conservarse este procedimiento hasta nuestros días en los países montañosos, como los Pirineos, para el tratamiento de los minerales muy puros que en ellos se encuentran; pero poco á poco estos hornos se han ido extinguiendo y hoy difícilmente se encontraría uno en Francia. En efecto, M. Hallopeau participa que la última herrería de este género establecida en los Pirineos y que visitó en 1882 ha sido recientemente cerrada.



La fig. 2 representa la instalación de un alto horno para carbón vegetal del siglo pasado. Aquí se trata ya de una metalurgia más complicada que la de la fragua catalana, pues este horno da un producto intermediario, el hierro fundido que, refinado luego, se transformará en hierro soldado. La elevación del alto horno no excede de 5 metros y las materias depositadas en el nivel superior son arrojadas al cañón á fuerza de brazos: en la parte inferior se ve el agujero por donde salen las escorias. Este horno recibe el viento por dos fuelles movidos por una rueda hidráulica, y las aletas puestas en el árbol de la misma comprimen alternativamente los dos fuelles poniendo en tensión dos perchas flexibles que forman resortes, los cuales, al cesar la acción de la aleta, se alzan arrastrando los referidos fuelles. Los galápagos fundidos así obtenidos, que son enviados después á la fragua para su refinación, se pesan en la ingeniosa báscula que se ve en el centro del grabado.

Como espécimen de las industrias anexas á la herrería reproducimos en la fig. 3 la vista de la instalación de un tren de fundición del siglo último: en ella aparecen los dos laminadores movidos por engranajes de madera regidos por dos ruedas hidráulicas. El hierro, adelgazado á mano, se calienta en el horno que se ve á la izquierda y empieza por pasar por entre los dos cilindros planos del primer laminador, de donde sale en forma de plancha, y pasa al segundo, cuyos cilindros provistos de puntas salientes

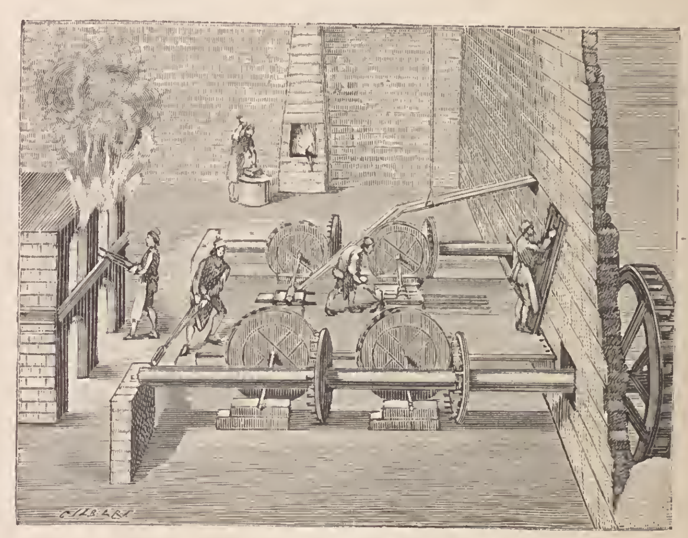


Fig. 3. Instalación antigua de fundición

lo cortan longitudinalmente en trozos que un obrero va colocando en la pared. Para evitar que los laminadores se calienten dirígese hacia éstos una corriente continua de agua.

La fig. 4 representa la instalación del hogar desmontable de los herreros ambulantes que recorrían las poblaciones rurales para reparar los yunques: en ella se ve la fragua con los dos fuelles protegidos por el pequeño muro. Estos fuelles, que no tenían menos de 7 pies de longitud por 2 y medio de anchura, eran movidos, á falta de fuerza hidráulica, por cuatro hombres que los aplastaban con los pies apoyándose alternativamente en uno y otro, recobrando aquéllos su posición normal merced á la reacción de perchas flexibles. Cuando el hierro del yunque que había que reparar estaba caliente, esos mismos hombres abandonaban sus puestos y acudían á batir la masa con sus martillos, después de lo cual el yunque era sumergido en un depósito de agua fría para de este mo-



Fig. 4. Hogar desmontable de herreros ambulantes

do endurecer prontamente el poste que lo sostenía y que era de acero.

El estado rudimentario de las herramientas de herrería en el siglo pasado demuestra cuál era la rutina de los procedimientos empleados, y la obra de M. Grignon antes citada prueba, en efecto, el atraso en que se encontraban, así la teoría como la práctica. En esta obra, el autor, después de explicar cómo ha hecho el estudio de los procedimientos metalúrgicos, expone las investigaciones por él realizadas para encontrar la razón de las diversas operaciones metalúrgicas que en la misma describe; sin embargo, M. Grignon no pudo comprender las reacciones químicas, pues no tenía noción del oxígeno y de la importancia capital de las pesadas que algunos años después (1778) debía revelar Lavoisier.

Merece también recordarse el trabajo de Vandermonde, Monge y Bartholet sobre la fabricación del acero, publicado en 1793 por orden del comité de Salud pública: en él se consignan los principios exactos en que tal fabricación se funda, pero en cambio contiene nociones químicas erróneas por lo que á la fundición se refiere.

Los problemas de la constitución de los fundidos, de los hierros y de los aceros eran, por lo demás, de difícil estudio, porque los análisis se hacen en proporciones de materias infinitesimales; no siendo, pues, de extrañar que á pesar de los trabajos de los más renombrados químicos de nuestro siglo, no aparezcan, aun hoy en día, completamente dilucidados en todos los casos. Sin embargo, la ingeniosa teoría celular debida á los señores Osmond y Werth, desarrollada por el primero de una manera tan notable, parece llamada á arrojar nueva luz sobre la constitución íntima de estos cuerpos.

(De *La Nature*)



BARCELONA. — PLAZA DE LA PAZ, cuadro de D. Juan Roig y Soler. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A y P. Gascón de Gotor*. — Hemos recibido los cuadernos 30, 31, 32 y 33 de esta interesante publicación, que contienen, además del notable texto, ocho bellísimas láminas, entre ellas varias fototipias, que representan: el patio de la antigua casa de Torrellas, hoy derruído; un detalle de lacería árabe del castillo de la Aljafería; una ventana de la calle de Boggiero; una vista de la iglesia de San Miguel de los Navarros; varios capiteles árabes del castillo de la Aljafería (de la notable colección del Museo provincial de Zaragoza); un facsímile de una página del códice número 47 de la notable colección de D. Pablo Gil y Gil, de Zaragoza (copia del siglo XVI de la era cristiana); un detalle interior de la Mezquita, Palacio de la Aljafería y la torre de la iglesia de San Juan y San Pedro.

Con el cuaderno 30 termina el primer tomo, para cuya encuadernación se han confeccionado unas elegantes tapas que se ofrecen á los suscriptores de esta obra al precio de 3 pesetas.

El primer tomo completo, que forma un volumen de 220 páginas con 60 láminas sueltas y varios grabados intercalados en el texto, se vende al precio de 33 pesetas en rústica y 35 encuadernado.

El precio de suscripción de esta obra es el de una peseta el cuaderno, y los pedidos, así de suscripciones como del tomo completo, pueden hacerse directamente á los autores propietarios, Contamina, 21, 3.°, Zaragoza, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN